

# **EL TORNILLO**

DRAMA EN DOS PARTES,

ORIGINAL DE

**MANUEL MUÑOZ HIDALGO**

Al poeta Miguel Hernández y a  
todos los que a su igual padecen  
cárcel y persecución.

## PERSONAJES

Los presos:

ANTONIO, algo brusco.

PABLO, hombre maduro un tanto demente.

VICENTE, viejo campesino.

JAIME, es el más joven.

RUBÉN, poeta.

RAMÓN, impulsivo y revolucionario.

ENRIQUE, abogado.

Las mujeres:

JULIA, muy atractiva y desenvuelta.

MERCEDES, joven tímida, bastante hermosa.

IRENE, la infiel.

EL CABO.

GUARDIA.

NIÑO, de dos años.

GUARDIAS Y PRESOS, que no hablan.

## ESCENARIO

Interior de una penitenciaría. Al fondo, varias puertas de rejas en paralelo separando los diferentes patios y galerías. En rompimiento, a la derecha del espectador, una celda estrecha y raquítica. A la izquierda, también en rompimiento, el locutorio. Todas las paredes están sucias y desconocidas. Un tornillo gigante irá descendiendo lentamente sobre los personajes y utillería mientras avance la acción escénica, escuchándose el roce del tornillo contra la tuerca. Los uniformes de los guardias son indefinidos. La escena, la cárcel y el país también.

(Al iniciarse la representación la sirena de la penitenciaría toca insistentemente, produciendo alarma y pánico a la vez que los proyectores móviles situados en dos torreas-garita, junto a la embocadura del escenario, iluminan a los espectadores por sectores. Suenan disparos y se hace oscuro. Cuando el escenario se ilumina es por la mañana. Los presos forman en el patio.)

## PRIMERA PARTE

CABO.-¡Pueden romper!

(Sale.)

ANTONIO.-¡Bocazas...! ¡Si tiene cara de perro pachón!

PABLO.-¡Lo que nos ha caído!

ANTONIO.-Como si estuviésemos a gusto y nos importara lo que pueda suceder.

(Pausa.)

PABLO.-¿Qué haríamos en su lugar?

ANTONIO.-Callar y no ser imbécil.

PABLO.-¡Qué bien!

ANTONIO.-Supongo estará casado y aquí tiene el pan de sus hijos.

PABLO.-¡También los tenéis vosotros y...!

ANTONIO.-No seas burro. Procura hacerse con nosotros para que se nos vayan las malas ideas... y no le causemos problemas.

PABLO.- (Ríe fríamente.)--¡Pensar en la fuga...! El que lo intenta... no le da tiempo ni a salir. (Cambia.) ¡Tengo hambre!

ANTONIO.-Nadie puede saberlo. ¿Por qué no te lavas?

PABLO.- ¿A ti qué te importa?

ANTONIO.-Eres un cochino y hueles mal.

PABLO.(Serio.)-¡Mejor! ¡Me quieres matar si me obligas a lavarme! ¿No ves que me caigo de hambre? Comer... comer, eso es lo que necesito, comida.

ANTONIO.-Y yo, y todos.

PABLO.-A veces no sé por qué nos tiene así. Mejor habría sido el paredón o el paseo. Si estuviésemos fuera, buscaríamos víveres, trabajaríamos... ¡Yo qué sé!

(Pausa.)

ANTONIO.- Hablando no arreglaremos nada.

PABLO.-¡Quién sabe!

(Pausa.)

ANTONIO.-No entiendo por qué me veo en la cárcel ni cuál ha sido mi falta.

PABLO.-¡Toma! La de todos. Pensar en alto y decir lo que sentimos.

ANTONIO. (Defendiéndose.)—Quería situarme y como éstos me ponían inconvenientes...

PABLO.-Te aprovechaste de las circunstancias y te fuiste a vivir a otro ambiente que ni tú mismo conocías.

ANTONIO.-Soy de pueblo y apenas si fui a la escuela. Pero no soy tonto para ignorar lo que quiero.

PABLO. (Confidente.)-¿Qué buscabas pasándote a los nuestros?

ANTONIO.-Algo diferente que hiciera sentirme útil.

PABLO.-¿Antes no lo eras?

ANTONIO.-Con una taberna de mala muerte...

PABLO.-¿En el pueblo?

ANTONIO.-Sí, me iba regular.

PABLO.-¿Qué necesitabas?

ANTONIO.-¡Todo! Cambiar la clientela, que no me echaran sobre el mostrador unos céntimos como si con aquella miseria pagaran el mal rato que me hacían pasar.

PABLO.-¿A ti...?

ANTONIO.-Soy algo bruto, pero me aguanto si no llevo razón. ¡Cuántas noches me peleaba con mi mujer porque discutía mi falta de tacto o mi comportamiento con los clientes! No soporto el abuso de los demás. Tenía rabia y la pagaba con los clientes, que mal o regular eran los que llenaban la taberna y podíamos seguir adelante.

PABLO.-¿Por eso te metiste en camisa de once varas?

ANTONIO.-No, Pablo, no. Puede me deslumbraran algunos con las cosas tan hermosas que decían mientras servía. ¡Ilusiones, fantasías! Y en vez de no hacerles caso, les abrí mi casa de par en par y colaboré con ellos. Que uno es poco inteligente, oye hablar y hablar de justicia, de igualdad de clases, se entusiasma... y no hay quien resista la oportunidad que se nos ofrece para hacer algo digno que sí estamos de acuerdo.

PABLO.-¿Tu familia también?

ANTONIO.-¿Julia?

PABLO.-¿Qué piensa de todo esto, de ti, de tus ideas?

ANTONIO.-*(Con amargura.)*—Ella sólo me quiere. Parece mentira que sea tan buena conmigo y me espere. Porque muchas se han hartado y viven por ahí con otros...

PABLO.-¡Va para largo!

ANTONIO.-¿Lo ves...? ¡Soy un miserable...! No tengo derecho a mirarla a los ojos, esos ojos que tantas veces me han sonreído y ahora sólo aprovechan para llorar, para reflejar este cansancio, esta desesperanza, esta amargura que poco a poco va minándome.

PABLO.-Pueden suceder tantas cosas...

ANTONIO.-¿El qué...?

PABLO.-Es cuestión de paciencia.

ANTONIO.-¿Más...? Me cansa esperar.

PABLO.-¡Olvídate, es mejor!

ANTONIO.-¿Los ratos más felices de mi vida?

PABLO.-*(Con hastío.)*—Nos han encerrado... ¡Ya saldremos! A tu edad no debes atormentarte por nada ni por nadie. Tampoco hemos matado, al menos nosotros.

ANTONIO.-Estamos revueltos con los malhechores.

PABLO.-Todos somos malhechores.

ANTONIO.-Cuento los días, las horas, los momentos que faltan para verla de nuevo.

PABLO.-¿Tanto la echas de menos?

ANTONIO.-No sé cómo decírtelo.

VICENTE.-*(Acercándose.)*-¿Otra vez de mal humor?

ANTONIO.-*(Sin hacerle caso.)*--¡Déjanos tranquilos, no empieces con tus bromas!

VICENTE.-*(Con alegría.)*—Si os traigo una buena noticia.

ANTONIO.-*(Seco.)*--¿Sí?

VICENTE.-Han descargado en el patio de la cocina un camión de buniatos.

PABLO.-¿Cómo te has enterado?

VICENTE.-Carlos los vio descargar desde la enfermería.

ANTONIO.-Y te lo has creído

VICENTE.-Pregúntaselo...

ANTONIO.-¿A ése, que es más embustero que yo? ¡Tú sueñas!

VICENTE.-*(Insistiendo.)*—Que sí, que es cierto. Antonio, soy un poco mayor para tener esa clase de sueños.

ANTONIO.-Si eres más viejo que la sarna y más chirigotero...

VICENTE.-Sin faltarme. Estamos comiendo basura y nabos hervidos... ¡Tú verás! ¿Por qué iba a engañaros?.

ANTONIO.(Incrédulo.)--¿Seguro no te habrá contado una de las suyas...?

VICENTE.-Carlos me llamó para que asegurara, o mejor, para que reforzara su opinión respecto a uno de los paseos...

PABLO.-(Serio.)--¿A qué viene ahora remover cosas desagradables?

VICENTE.-Como era verdad y los demás no se lo creyeron buscó en mí la confirmación.

PABLO.-¿Sois paisanos, no?

ANTONIO.-(Interrumpe.)—Volviendo a lo del camión de buniatos. ¿Es cierto?

VICENTE.-¡Seguro!

PABLO.-¿Qué hace Carlos en la enfermería?

VICENTE.-Se ha enchufado con el médico porque antes de que estallara la guerra, Carlos estudiaba Medicina.

ANTONIO.-(Sombrío).-¡La guerra del infierno es lo yo habría armado para terminar con este puerco mundo!

PABLO.-(A Vicente.)--¿Crees habrá otro infierno peor que éste?

VICENTE.-¡Está bien! De alguna forma tenemos que engañar el hambre.

ANTONIO.-Entonces tendremos buniatos para comer, buniatos para cenar y buniatos para...

PABLO.-A lo mejor se te pone cara de buniato.

ANTONIO.-¿Y de qué tengo cara, burro?

PABLO.-Hoy, de nabo.

ANTONIO.-¡De nabo cocido!

PABLO.-De lo que sea, porque no ha quien te reconozca. Hace un año estabas pasable. Ahora... sólo tienes barriga y huesos.

ANTONIO.-¡Exagerado...! Tampoco estoy tan mal.

VICENTE.-(Triste.)—Nos queda mucho todavía.

PABLO.-(Animándole.)--¿Por qué no te mueres?

VICENTE.-¡Caracoles, muérete tú ! ¡Lagarto, lagarto... !

PABLO.-(Riéndose.)--¡Habría que verte en un bombardeo!

VICENTE.-Sin risitas, que son de mal gusto.

ANTONIO.-Mañana os daré cigarrillos. Espero a mi Julia y aunque sea de estraperlo...

PABLO.-Registrarán su bolso y se los quitarán.

ANTONIO.-¿Los cigarrillos? No soy imbécil. Me he puesto de acuerdo con el guardia Domingo.

PABLO.-¿Le agradan esos negocios con lo serio y puritano que es?

ANTONIO.-Lo parece. En el fondo...También se lleva lo suyo. ¡Qué remedio!

VICENTE.-(Refiriéndose al guardia.)--¡Cerdo, más que cerdo!

ANTONIO.-¿A qué viene ese pataleo? ¡Muchos que hubiera como él!

VICENTE.-Me voy...

JAIME.(Acercándose con timidez.)--¡Hola!

VICENTE.--...que no tengo ganas de contagiarme de vuestro pesimismo.

(Sale.)

JAIME.-¿Qué hacéis?

PABLO.-Nada.

ANTONIO.-(Guasón).--¿Se te ha quitado el mareo?

JAIME.-Un poco.

PABLO.-Siéntate y descansa.

JAIME.-¡Gracias, Pablo!

(Se sienta en un poyo.)

ANTONIO.-Gracias, gracias...

JAIME.- (Sin hacerle caso.)—La mayoría de las enfermedades provienen del estómago. Con este régimen de comidas...

ANTONIO.-¿Sabéis lo que pienso?

PABLO.- Tú dirás.

ANTONIO.-Perdemos el tiempo si no hacemos nada.

PABLO.-¡Vaya ocurrencia!

JAIME.-¿Qué podemos hacer?

ANTONIO.-Pensar.

PABLO.-Tanto como pensar...

ANTONIO.-Es un juego que aprendí hace tiempo.

JAIME.- (Encogiendo el gesto.)--¿Un juego...?

PABLO. (Burlesco.)-Nuestro genio va a mostrarnos su talento. ¡Eso es más viejo que el mear! ¡Pensar como si no lo hiciéramos a cada momento!

ANTONIO. (insiste)-He dicho que es un pasatiempo.

PABLO.- Sin pasarte y con buenos modales, señor bestia.

ANTONIO. (Explica)-Abres los ojos, miras fijamente al que está a tu lado, piensas algo distinto mientras le miras y después te lo debe acertar.

JAIME.-¿Lo que piensas?

PABLO.-Lo has hecho otras veces.

ANTONIO.-Pero sin distraerse.

JAIME (Inicia el juego)-¿Así?

PABLO.-Otras veces que lo hemos hecho terminamos peleándonos.

JAIME.-¡Empecemos!

ANTONIO. (Sin prestarle atención)-Contigo es muy fácil ganar. ¡Te conozco!

JAIME.-¿El qué...?

ANTONIO.-Sé cómo eres y lo que te gustaría. Es más interesante jugar con alguien desconocido.

JAIME. (Le mira para iniciar el juego insistentemente)--¿Qué siento...?

ANTONIO.-¿Pero sientes?

JAIME.-¿Sentir o pensar no es lo mismo?

PABLO.-Nosotros no entendemos de esas cosas.

ANTONIO.-Yo no seré leído, pero sentir quiere decir otra cosa diferente a lo que tenemos en la cabeza.

JAIME.-¡Qué más da!

PABLO.-¿Es una adivinanza como las anteriores?

ANTONIO.-Sólo es un juego inocente.

PABLO.-¿Para salirte con la tuya?

ANTONIO.-¡Calla!

JAIME.-¿Y no sirve?

ANTONIO.- (Dejándole por imposible.)—Sueñas por la noche en voz alta. Nos enteramos de todo... (Subraya lo que dice.) lo tuyo.

PABLO. (Defendiendo a JAIME.)—Está débil.

ANTONIO. (A JAIME)—Debes alimentarte. ¿Qué le pasa a tu familia?

JAIME.-Mis padres son muy viejos y no he vuelto a saber... (Casi llora.) yo era el único que trabajaba.

ANTONIO.-¿Para más desgracia, pobre! (Con sorna.) ¿Y no tienes por ahí ninguna madrina...?

JAIME.-Ser pobre no es ninguna desgracia.

ANTONIO.-¿Y no te gustaría ser el protegido...? ¿Entiendes...?

PABLO.-(Molesto.)--¿Qué va a entender!

JAIME.(Sintiéndose amparado.)-No.

ANTONIO.-si tuviera tu edad...

PABLO.(Mirando con indiferencia al compañero ANTONIO.)—Te las llevabas de calle. ¿Lo ves?

ANTONIO.-¿Qué?

(Se miran.)

PABLO. ¿Te digo lo que siento?

ANTONIO.-(De mala uva.)--¿Al grano!

PABLO.-Eres un...

ANTONIO.-Sinvergüenza.

PABLO.-Todo lo que has dicho de tu mujer es un puro cuento. Así que... bien estás aquí

ANTONIO.-Mi mujer es mi mujer y la respeto.

PABLO.-¿Aconsejando a otro lo que no te gusta?

ANTONIO. (Disculpándose.)—Es diferente.

PABLO.-¿Diferente?

ANTONIO.-(Señala la JAIME.)—Este es casi un crío y con esa facha... Bueno, vistiéndose con dignidad y con un poco de gancho...

PABLO.-¿Es una puta? ¡Estás mochales! ¿Somos huéspedes o estamos de paso?

ANTONIO. (Con dureza.)--¿Para qué sirven mis consejos! Tienes razón. Es una cárcel y sin sabe lo que será de nosotros... (A JAIME.) Perdona, muchacho. Cuando tengas algún año más.. también se te ocurrirán tonterías. Sólo metemos la pata cuando nuestra única justificación son las decepciones y los fracasos.

JAIME.-Si no tiene importancia.

ANTONIO.-(Furioso.)--¿Sí la tiene! ¿Eres retrasado mental?

PABLO. (Apaciguándole.)--¿De nuevo gritando!

ANTONIO.-Nos preocupamos por él. Deseamos no se muera de asco. Le doy un consejo y lo desprecia.

PABLO. (A JAIME)--¿Es tan perfecto que se atreve a dar consejos!

ANTONIO.-Quiero ayudarle como sea.

PABLO.-¿Intimidándole?

ANTONIO.-Estamos en la misma celda. Por las noches le da por hablar y hasta golpea al que duerme a su lado. ¿Está mal advertirle?

JAIME.-¿Lo siento, de verdad...!

ANTONIO.(Le imita en tono burlesco.)--¿Lo siento, de verdad...! (A JAIME.) ¿Cuándo vas a ser un tío?

PABLO.-¿Te pasas, Antonio!

ANTONIO. (A JAIME)—Que beba agua antes de acostarse.

JAIME.-¿Para qué?

PABLO.- Es bueno.

JAIME.- (Torpe)--¿Beber agua?

ANTONIO.-Eso dicen. Algún remedio tendrás que poner.

JAIME.-Os prometo no molestaré con mis pesadillas.

ANTONIO.-Si buena voluntad no te falta. ¿Pero cómo sabes no darás el follón?

PABLO.-Todo es proponérselo. Supongo no lo hará para fastidiarnos.

ANTONIO.-Pues que se ponga sordina y que duerma boca abajo.

PABLO.-¡Enfádate por una tontería!

JAIME.-Yo... no quisiera... Por favor, Antonio, cálmate.

ANTONIO.-Estoy calmado, pero si pones algo de tu parte... los demás tenemos derecho a dormir y a descansar.

PABLO.(Cambia de tema.)--¿No ibas a enseñarnos...?

(Le mira fijamente iniciando el juego.)

ANTONIO.-¿Cómo...?

PABLO.-Si me aciertas lo que estoy pensando te doy la tercera parte de mi chusco.

ANTONIO.-¿En serio?

PABLO.-Jaime es testigo.

ANTONIO.-¿Y si no acierto?

PABLO.-Pierdes.

ANTONIO.-¡Una leche! ¿Cómo voy a saber lo que piensas si para ello necesito concentrarme y ahora estoy que rabio?

PABLO.-Te encolerizas porque no llevas razón

ANTONIO.-¡Y dale con la razón!

PABLO.-Pierdes energías.

ANTONIO.-¡Para lo que sirven!

PABLO.-Avergüénzate. Estás metiéndote siempre con éste.

ANTONIO.-¿Con quién lo hago?

PABLO.-Eres imposible.

ANTONIO. (A JAIME).-¿A que no te enfadas conmigo?

JAIME.- No.

ANTONIO. (A PEDRO.)--¿Lo ves?

PABLO.-Le tienes acobardado.

ANTONIO. (Abraza a JAIME bruscamente.)—Si nos queremos mucho.

PABLO.-¡Pamplinas!

JAIME.-No le hago caso.

ANTONIO. (Enfadado.)-¿Qué no me haces caso?

PABLO. (A JAIME)—Eres tonto aguantando sus impertinencias.

ANTONIO.-Pablo, que te la cargas.

PABLO.-Déjale en paz y no te metas con sus cosas.

(ANTONIO abraza a JAIME con más fuerza.)

JAIME.-¡Me haces daño!

ANTONIO.-¡Qué rico!

(Le suelta)

PABLO.-Abusas del muchacho.

ANTONIO.-¿Crees lo hago con mala intención?

PABLO.-No sé... te comprotas muy brusco y le haces la vida imposible.

JAIME.-Si tarde en soltarme...

(EL CABO NÚÑEZA entra en el patio con un preso nuevo. Es Rubén. Lleva una maleta y un paquete de libros. Su aspecto es como el de los otros presos. Va pelado al rape y viste pantalón azul oscuro, camisa marrón y chaqueta de pana. Su figura tiene algo que le destaca del resto.)

ANTONIO. (Al darse cuenta de la llegada de RUBÉN.)--¡Mirad quién viene... pero si es mi paisano Rubén!

CABO.-(Acercándose al grupo.)--¿Hay alguno de Huera?

ANTONIO.-¡Soy de allí!

CABO.-(A RUBÉN.)-Estarás bien con tu paisano.

ANTONIO. (Al CABO)—Me atrevo a sugerirle... somos seis para una celda de tres y no podremos dormir ni encogidos.

CABO.-En algún sitio tendrá que meterse. Os arregláis. (A RUBÉN). Ve al guardia que está en el almacén y que te proporcione una colchoneta.

(Sale.)

ANTONIO.-(A RUBÉN.)--¡Bueno...! ¿Qué...?

RUBÉN. (Serio.)—De cárcel en cárcel.

ANTONIO.-¿Qué no te aguantan en ningún sitio?

RUBÉN.-¡Yo qué sé!

(PABLO y JAIME le rodean.)

ANTONIO.-¿Cómo te ha ido?

RUBÉN. (Seco.)—Mal. Nadie quiere comprometerse.

ANTONIO.-¿De dónde vienes?

RUBÉN.-Del Norte.

ANTONIO.-Allí sólo están los peces gordos.

RUBÉN.-Y muchos desgraciados también.

ANTONIO.-¿Cómo te han tratado?

RUBÉN.-Muy duramente.

ANTONIO.-¿Y tus amigos...?

RUBÉN.- (Serio.)--¡Mis amigos...! ¿Amigos? (Irónico.) Sí, ahora me visitan y hasta prometen ayudarme; pero a condición de obedecerles. ¡Es el juego!

ANTONIO. (Presentando.)—Este es Pablo, buen compañero, aunque demasiado recto.

RUBÉN. (Saluda a PABLO)—Me alegra conocerte.

PABLO.-Me habría gustado nos presentaran en otro sitio. Antonio me ha contado mucho de ti. Eres importante, ¿no?

RUBÉN. (Con dejadez)--¡Es posible!

PABLO.-Las gentes ignorantes piensan todavía que la guerra sólo ha consistido en la lucha de algunos jefes y oficiales del ejército para obtener mejor puesto en el poder, olvidándose de la única razón que nos movió.

RUBÉN. (Con pesar.)--¡Nos han aplastado a todos!

ANTONIO. (Presentando.)—Este es Jaime, el más joven de la celda.

RUBÉN. (Saludándole.)--¿Tan grave ha sido tu falta?

JAIME.-La de todos.

ANTONIO.-Mientras habláis yo me acercaré a por tu colchoneta.

RUBÉN.-Iré yo.

ANTONIO.-Si no es molestia. Me distraigo haciéndolo.

RUBÉN.-Como quieras.

(ANTONIO va a por la colchoneta)

PABLO.-Serás muy listo.

RUBÉN.-¿Y estoy preso?

PABLO.-¿Escribes libros?

RUBÉN.-Sí

PABLO.-¿Y obras de teatro?

RUBÉN.-Obras que no se han representado.

PABLO.- (Bajando la voz.)--¿Estás de acuerdo con el partido?

(JAIME se ha acomodado, escucha y observa.)

RUBÉN.-Mi partido es el pueblo. Estaré siempre con él.

PABLO.-Pero el pueblo no es culto. Contempla el resultado.

RUBÉN.-¿Se les puede culpar de ignorancia si los que pueden no han hecho posible el acercamiento a la cultura y al saber?

PABLO.-¿Aprovechan todos?

RUBÉN.-¿Y exigen responsabilidad?

PABLO.-Es una verdad a medias.

RUBÉN.-Peor sería engañarles y lo siguen haciendo.

PABLO.-¿Acaso no han solucionado sus problemas?

RUBÉN.-Los han acentuado más. Pero lo importante es que hemos hecho lo que debíamos.

PABLO.-¿Y quién nos empujaba?

RUBÉN.-La verdad, la causa...

PABLO.-¿Estás seguro? Muchos reímos en ella.

RUBÉN.-Otros en cambio permanecieron quietos.

PABLO.-¿Hicimos mejor nosotros?

RUBÉN.-¿A qué te refieres?

PABLO.-Con ametralladoras, fusiles, bombas de mano... no íbamos a vencer a las ideas.

RUBÉN.-¿Qué ideas? La mayoría son pobres gentes y no entienden de conceptos ni de eufemismos. Comer y vivir es lo que necesitan. ¡Hay tanto caciquismo...!

PABLO.-La técnica que hemos empleado ha sido muy deficiente.

RUBÉN.-¿Has cambiado la chaqueta?

PABLO.-¿Yo?

RUBÉN.-Acusas a los tuyos.

PABLO.(Sombrío)—Ahora, los míos o los tuyos... no me importan. Trato de poner en orden mi cabeza.

RUBÉN.-En estos años de lucha, revolución y muerte... ¿Qué sino absurdas y chabacanas doctrinas se podían asimilar?

PABLO.-Eso de chabacanas...

RUBÉN.-Me refiero al ambiente, al poso que ha dejado la verdadera doctrina.

PABLO.-Nos han tratado como lo que éramos. Pobres, sublevados e ignorantes.

RUBÉN.-Resultó imposible resistir al enemigo.

PABLO.-¿A quién llamas enemigo?

RUBÉN.-Al que impidió que siguiéramos luchando...

PABLO. (Indiferente.)--¡Para qué...! Si todos hubiéramos luchado...

RUBÉN.-Muchos se quedaron impasibles.

PABLO.-¿Qué defendían? Porque luego cambió todo y ya no era lo que antes enardecía e ilusionaba...

RUBÉN.-Algo hemos salvado.

PABLO.-¿El qué?

RUBÉN.-Nuestra propia estimación.

PABLO.-¿Ha servido?

RUBÉN.(con nostalgia.)—Después la verán nuestros hijos y disfrutarán las consecuencias de un sufrimiento que hemos vivido desde que empezó esto, y tendrán paz, esa paz que supera a todas las decepciones posibles.

PABLO.-¿Con las vidas ajenas?

RUBÉN.-Más se tendrá que sufrir aún sobre nuestra generación

PABLO. (Acusador.)—Vosotros sólo queríais matar.

RUBÉN.-¿Y qué han hecho éstos?

PABLO.-¡Lo mismo!

RUBÉN.-Has dejado el partido.

PABLO.-¡De qué me sirve!

RUBÉN.-¿Quién te ha dicho que nuestro lema era matar?

PABLO.-Os aprovechasteis hasta de la vida privada de los ciudadanos, eso sí, en nombre del pueblo.

RUBÉN.-Yo he defendido la paz, y por ella lucho. Nunca estuve de acuerdo con la violencia, pero a veces es necesaria.

PABLO. (Enfurecido y demente.)--¿La violencia?

RUBÉN.-Piensa en nosotros, en nuestros hogares deshechos...

PABLO. (Exaltado.)--¡Crímenes, cárceles improvisadas en las iglesias, robos, provocaciones, violencia, paseos a media noche...!

RUBÉN.-¡Basta! ¿No hemos sufrido lo mismo y tal vez con mayor ignominia la venganza en nuestras propias familias? ¡Lo siento...!

PABLO.-¡Para qué seguir viviendo...! Fui un cobarde al no tener valor para sujetar a mi mujer...

RUBÉN.-¡Estamos pagando las consecuencias de la guerra!

PABLO. (Abstraído. Se oyen detonaciones y griterío.)--... Unos corrían, otros se ocultaban en los refugios, la mayoría no sabíamos qué hacer. Así... durante media hora que duró el bombardeo y la matanza. Yo permanecí quieto, inmóvil, aterrado, indeciso, paralizado... como si no supiera qué hacer allí, sólo a unos pasos de mi única familia... Mi pequeña, mi pobre Ana, con los zapatos tirados en el suelo, junto a otros cadáveres de niños y personas. ¡Canallas! ¡Asesinos! ¿Qué daño os habían hecho esos indefensos niños? Tenía su cartera que tanto le gustaba cogida por el asa; pero no tenía piernas, ni el otro brazo y busqué, busqué entre montones de miembros mutilados, trozos de carne esparcidos por el suelo sin dar con ellos. ¿Dónde estaban?... Todo era una mancha grande y roja, pegadiza, que gritaba, acusaba.. y nadie se atrevía a pronunciar la palabra venganza. Eso fue lo que hicieron, vengarse por la muerte de algún político. Me quedé tan impasible... tuve miedo, eso, miedo y me faltaron las fuerzas para acercarme a ellos y así todo habría concluido.

RUBÉN.-¡De veras que me duele...!

PABLO.-Soy un cobarde...sólo un cobarde.

(Se encoge en un rincón. JAIME acompaña a PABLO.)

ANTONIO. (Que trae la colchoneta.)—Se le pasará. Cuando se acuerda... se pone así algún tiempo. Creo está mal de la cabeza y es a otro sitio donde le debían llevar.

JAIME.-Pablo no está loco.

RUBÉN.-Tenemos que ayudarlo.

ANTONIO.-¿De qué forma?

RUBÉN.-Algo habrá que hacer.

ANTONIO.-Ya les irás conociendo. Desde aquello... está algo raro y sufre unas ausencias o crisis... yo no sé, le afectan bastante. Luego se le pasa y es tan normal.

RUBÉN.-¿Y el médico de la cárcel?

ANTONIO.-¿Ese...?

RUBÉN.-Supongo lo sabrá

ANTONIO.-Dice que todos estamos locos.

RUBÉN.- (A PABLO.)--¿Por qué no te acuestas?

PABLO. (Que sigue encogido.)—Soy un cobarde.. quiero morir...

RUBÉN.- (A los otros.)--¿Le da por rarezas?

ANTONIO.-Ha intentado suicidarse; pero aquí ni para eso te dejan solo.

RUBÉN. (Elocuente.)—Antonio.

ANTONIO.-Di.

RUBÉN.-Se me ocurre algo.

ANTONIO.-¿Qué...?

RUBÉN.-Siento como si un gran tornillo invisible, pero que nosotros notamos su tacto, fuera aprisionando poco a poco nuestras vidas.

ANTONIO. (Extrañado.)--¿Estás bien?

RUBÉN.-Sí, perfectamente, después que veo tanta desgracia a mi lado.

ANTONIO.-¿Me parece que estás como una cabra!

RUBÉN.-¿Te parece extraño un tornillo?

ANTONIO.-Rubén, aquí hay rejas, miseria y bastantes hombres acabados. ¡Pero un tornillo...!

RUBÉN. (Obsesionado.)--¡Mirad hacia arriba! ¿Qué veis?

ANTONIO. (Mirando.)—Lo normal. Algunas nubes grisáceas y un cielo manchado.

RUBÉN.-¿Y tú, Jaime?

JAIME. (Mirando.)—Lo mismo.

RUBÉN.-¿No veis acercarse hacia nosotros una gran mole en forma de tornillo que lentamente nos aplasta?

ANTONIO. (Con enfado.)--¿Qué broma de mal gusto es ésta? Me asustas con eso del tornillo que nos amenaza y estrangula. ¡cuánta literatura y fantasía de escritor!

RUBÉN.-¿Y la cárcel?

ANTONIO. (Sin inmutarse.)--¡Échame una mano y no se te ocurra intimidar con figuraciones al resto de los compañeros!

(RUBÉN le ayuda y se dirigen a la celda. De vez en cuando ANTONIO mira hacia arriba y encoge los hombros. JAIME permanece junto a PABLO. Se hace oscuro. Al encenderse el escenario está amaneciendo. Una débil bombilla ilumina la celda. VICENTE, JAIME, RAMÓN, PABLO y ENRIQUE duermen. ANTONIO está despierto, semiechado en la colchoneta, las posturas de todos son bastante incómodas. Un guardia abre la puerta de la celda, RUBÉN entra secándose con una toalla. El

guardia vuelve a cerrar la celda, permaneciendo de ronda en el patio. Es verano y se oyen algunos grillos.)

RUBÉN.-¿Despierto?

ANTONIO.-Hace calor. ¡Y estos mosquitos...!

RUBÉN.- o mejor es una ducha. Te quedas nuevo.

ANTONIO.- Eres muy limpio.

RUBÉN. (Tose.)—Lo necesito.

ANTONIO.-Para coger pulmonía.

RUBÉN.-A estas horas puedes lavarte sin molestias de ninguna clase.

(Tose.)

ANTONIO.-¿Lo ves...?

RUBÉN.-Me duele aquí.

(Se aprieta el pecho y vuelve a toser.)

ANTONIO.-¿Se lo has dicho a Mercedes?

RUBÉN.-(Que se ha sentado en la colchoneta.)—Procuro disimular. ¡Bastantes penalidades tiene la pobre!

ANTONIO. (Preocupado.)-Me desagrada esa tos.

RUBÉN.-Son las consecuencias de no haber curado un resfriado.

RUBÉN. (Disimula.)--¡Si no es nada, hombre!

ANTONIO.-¿Esperas visita?

RUBÉN.-Mi mujer.

ANTONIO.-¡Qué suerte, chico!

RUBÉN.-¿Sí...?

ANTONIO.-Viene con tanta frecuencia...

RUBÉN.-Siempre que puede. Es muy buena. La tuya también.

ANTONIO.-(Con rabia.)—Tonta, diría yo.

RUBÉN.-Las pobres sufren mucho.

ANTONIO.-¡Quién no!

RUBÉN.-Baja la voz, no despiertes a ninguno.

ANTONIO.-Sí, que duerman y engañen el hambre. ¡Si yo pudiera...!

RUBÉN.-Piensa en Julia.

ANTONIO.-¡En mi mujer, aquí, conmigo...!

RUBÉN.-¿Te la imaginas?

(Sonríe.)

ANTONIO.-¡como si fuera tan fácil! Que uno es un zoquete y no tiene cabeza.

RUBÉN.-Es preferible pensar a estar solo.

ANTONIO.-¿Por qué?

RUBÉN.-La soledad perjudica más que el encierro.

ANTONIO.-¿Estamos solos...?

RUBÉN.-Nací para estar solo. Sola llevo el alma sin deseos ni ficciones por esta celda sombría, por este cautiverio amenazante. En cambio, pensar en mi hijo, en mi mujer...

ANTONIO.-¡Tu mujer, tu hijo...! Cuando se haga mayor es posible que te aborrezca.

RUBÉN.-¡No lo hará!

ANTONIO.-¡Qué iluso! Te echará en cara sus privaciones, el que sus vecinos le señalen porque su padre es un presidiario.

RUBÉN.-Estoy seguro que no.

ANTONIO.-Tal que sepa juzgar...

RUBÉN. (Dolido.)—Hice siempre lo que me pareció mejor.

ANTONIO.-A ti, pero... ¿Y a los demás? El no tiene culpa de tus faltas.

RUBÉN.-¿Qué faltas? Mi hijo lleva mi sangre y no me decepcionará.

ANTONIO.-Deja que pasen unos cuantos años y cuando nadie le hable bien de ti...

RUBÉN.-Mi hijo vivirá en una sociedad más libre y más humana. El comprenderá que su padre tenía razón.

ANTONIO.-¿Y la opinión de los que no piensan como nosotros? ¿Qué somos?

RUBÉN.-Hombre en el sacrificio de nuestra vida por el bien común y por lo tanto de nuestros hijos.

ANTONIO.-¡Unos pobres hombres incomprensidos...! No lo entenderán.

RUBÉN.-Tendrán que hacerlo. De lo contrario habríamos fracasado.

ANTONIO.-¿Fracasados? ¿Todavía estás convencido de tus ideas?

RUBÉN.-Yo no tengo ideas. Mi forma de comportarme es normal, después que he luchado por conseguir una sociedad justa al alcance de todos.

ANTONIO.-¡Deliras!

RUBÉN.-Tengo fe en o que digo.

ANTONIO.-Palabras. Imágenes de tus obras o de tus versos. ¿Y la realidad?

RUBÉN.-¿Qué realidad?

ANTONIO.-¿Es poca la que nos rodea?

RUBÉN.-El peligro de una matanza lo vimos antes de que sucedieran los tristes hechos de la guerra.

ANTONIO.- ¿A cuántos interesó construir unos principios auténticos que llevaran a feliz término la causa del pueblo?

RUBÉN.-Hemos hecho todo lo que estaba en nuestras manos

ANTONIO.-¡Fomentar el odio, la venganza, el suicidio...!

RUBÉN. (Indignado.)--¿Y los otros...?

ANTONIO.-Los otros han hecho lo mismo.

RUBÉN.-Comienza la sociedad del miedo. No, no. Estoy junto al pueblo, no secundando la ostentación ni los escándalos de algunos señoritos ociosos, sirviéndome de las circunstancias sin preocuparme de las pobres gentes que sufren por mi causa. Por eso estoy aquí.

(Tose.)

ANTONIO.-Tu oficio de poeta. Te subes por las nubes y te apartas de lo cotidiano, del ahora que nos tiene encerrados en una cárcel o reformatorio o como le llamen. Debías claudicar y de esta forma sacar más provecho.

RUBÉN.-Mi partido...

ANTONIO. (Cortándole.)—Yo no soy de tu partido y también padezco.

RUBÉN.-¡Mi partido...! ¡Mi partido es el pueblo, el que trabaja!

ANTONIO.-¿Pero tu filiación...?

RUBÉN.-Habremos sido unos suicidas, pero tanto crimen ha sido necesario.

ANTONIO.-¿A quiénes? ¿Apruebas la violencia?

RUBÉN.-El pueblo se ha hecho sentir.

ANTONIO.-Yo soy pueblo y... ¿qué? Una víctima de la incultura. De haber sido capaz de guardar el pellejo como la mayoría...Pero uno es torpe y va donde le dicen.

RUBÉN.-Entre las gentes sin cultura es donde más lecciones aprendemos.

ANTONIO.-¿En contra de qué o de quién hemos luchado?

RUBÉN.-Me atemoriza pensar que de nosotros mismos.

ANTONIO.-Dejémoslo estar.. y procuremos salir de aquí lo antes posible.

RUBÉN. (Pensativo.)—“Todos sin excepción nos alegramos del daño de los demás”.

ANTONIO.-Pero no tú, porque ahora dices esto y luego... luego eres incapaz de quedarte con lo tuyo si ves una falta en tu compañero. Tú no lo llevas a la práctica observando necesidad a tu lado.

RUBÉN.-Dostoiewski lo dice.

ANTONIO.-A mí no me importa lo que diga, pero como sigamos así, dándole vueltas a la cabeza, terminaremos como Pablo.

RAMÓN. (Semidespierto.)--¡Os podéis callar!

ANTONIO. (Guasón.)--¿Molestamos?

RAMÓN. (Le arroja un alpargate.)--¡Pelmazos!

ANTONIO.-Como te coja.. (La corneta toca diana. El guardia abre la celda.) ¡Arriba, gandules, que bastante habéis dormido, ya está bien!

(Todos se visten y arreglan el petate.)

RAMÓN.-¡Qué gracioso! ¡Tengo buen oído para escuchar la corneta!

ANTONIO.-¡Perdona!

RAMÓN.-Sin guasa, que no estoy para bromas.

ANTONIO.-¡Sería la primera vez! ¿Has soñado con...?

(Dibuja con la manola figura de una chica.)

RAMÓN.-¡Pero qué sátiro eres!

ANTONIO. (Entrometido.)--¿Entonces...?

RAMÓN. (Sigue la broma.)—Sí, hasta con su pechuga en salsa, con sus patatas fritas, con sus pésoles...

ANTONIO. (Relamiéndose.)--¡Se me hace la boca agua!

RAMÓN.-¿Satisfecho?

ANTONIO.-¿Yo...? Eso tú que lo has soñado y tienes suerte. Porque lo que es uno... Cuando se me ocurre soñar en vez de pasarlo bien tengo pesadillas.

RAMÓN.-¿Ves a tu suegra?

ANTONIO.-¡Ojalá! Tiene unas manos para la cocina...

RAMÓN.-¡Tragón! Déjame pasar y no te compliques.

(Sale A lavarse. En el patio hay un grifo, donde acuden los de más presos.)

VICENTE. (A todos.)--¡Buenos días!

RUBÉN.--¡Ya veremos!

(Tose.)

ANTONIO.- Ve al médico y que te recete algo.

RUBÉN.-Esto no es grave.

(Tose.)

ANTONIO.-Como sigas así... caminas al hoyo.

(En el patio se improvisa sobre una mesa un mostrador y aparecen algunos reclusos con unos cestos llenos de cacharros para repartir el desayuno. Toca la corneta y forman. Se enumeran. El CABO pasa revista.)

GUARDIA.-¡A sus órdenes, mi Cabo, sin novedad!

CABO.-Conforme. (A los reclusos, que están formados.) Hoy recibirán visita de sus familiares. Espero no tener que prohibírsele a ninguno por su mal comportamiento. El patio y las celdas huelen mal. Hay que limpiar a menudo. Rompan filas y que les siente bien.

(Sale. Los reclusos hacen dos colas. Una para coger el vaso-taza y la otra para que les echen la ración de café.)

JAIME. (A PABLO.)—Me fastidia verte así.

PABLO. (Abstraído.)—No me pasa nada.

JAIME.-¿Te has molestado?

PABLO.-Si te alegra me pondré a dar saltos o a bailar.

JAIME.-¡Te has molestado!

PABLO.-Jaime, tú eres mi amigo y no puedes molestarme.

JAIME.- Quiero verte con otra cara.

PABLO.-¿No te gusta la mía?

JAIME. (Impulsivo.)—Sí. (Corrige.) Bueno.. tu cara precisamente...

PABLO.-¿Qué le sucede a mi cara?

JAIME.-Nada. Si lo pasas mejor haciéndote la vida insoportable, allá tú.

PABLO.-Si hubieras tenido hijos...

JAIME.-¡Lo que me faltaba!

PABLO.-Me da igual salir o quedarme.

(Se han acercado al mostrador y han tomado su ración.)

JAIME. (Indeciso.)—Sabes que te aprecio mucho.

PABLO.-Lo sé.

(Se han apartado del grupo mientras beben.)

JAIME.-Para mí eres lo único que tengo de verdad.

PABLO.-(Sin darle importancia.)--¡No empieces con tus blanduras!

JAIME. (Con timidez.)—Nadie más merece la pena. ¡Te quiero mucho!

PABLO.-Me quieres mucho, nadie merece la pena, me aprecias demasiado... ¿Estás chiflado?

JAIME.-Es cierto.

PABLO.-¿Qué dices?

JAIME.-Haré lo que me pidas.

PABLO.-¿Eres normal...?

JAIME.-¡Qué importa eso!

PABLO. (Preocupado.)—Te harán daño con sus comentarios.

JAIME.-Ya loasen.  
PABLO.-¿Y si cambiaras?  
JAIME.-¿Qué he de cambiar?  
PABLO.-Tu manera absurda y ñoña de comportarte.  
JAIME. (Dolido.)—No podré.  
PABLO.-¿Has tenido alguna vez novia?  
JAIME.-Lo que se dice novia... no.  
PABLO.-Tu forma de ser te perjudicará.  
JAIME.-¿El intentar ser libre?  
PABLO. (Indignado.)--¡Qué libertad ni qué porras! ¡Calla, imbécil! Pueden oírte y se meterían con nosotros.  
JAIME.-Es que yo no quiero a todo el mundo...  
PABLO.-Por eso te toman el pelo y se mofan de ti.  
JAIME.-¡Me da igual!  
PABLO.-¡A mí no! ¡Te destruirán!  
JAIME.-¡Por favor, Pablo, no te enfades!  
PABLO.-Si lo que me has dicho se lo sueltas a otro..  
JAIME.-Sé lo que habría pensado. Es la primera vez que siento algo auténtico por cualquiera. Tú no eres cualquiera. Ni tampoco es como tú lo imaginas. Me agradecería conocieras lo que significas para mí.  
PABLO. (Aprieta con fuerza el vaso-taza.)--¿Entonces tu comportamiento...? ¡Es la cárcel... estas paredes malolientes... esta lucha por sobrevivir lo que nos hace volvernos... olvidándonos de lo que somos!  
JAIME. (Alarmado.)--¡Pablo, no es la cárcel... fuera sentiría lo mismo por ti!  
PABLO.-¡Por qué han de suceder estas cosas entre personas normales! (Nervioso.) Como sigas mirándome con esos ojos de borrego muerto y teniendo atenciones conmigo, todos nos huirán y... (Confidente.) Debes cambiar y no creerte la víctima no comprendida si deseas pasar estos años sin complicaciones.  
JAIME. (Insiste.)--¿Te importo?  
PABLO.-Pues claro que me importas. ¿Es que lo que te sucede es para no hacerte caso?  
JAIME.-Todavía no sé lo que es...  
PABLO.-¡Ni falta que te hace!  
JAIME.-Lo que siento por ti es...  
PABLO.-¡Olvídate!  
JAIME.-Eres injusto al tratarme de...

(Pausa.)

PABLO. (Serio.)--¿Qué has hecho para estar aquí?  
JAIME.-Estudí las causas del movimiento obrero, trabajé para ellos...  
PABLO.-¿Dónde?  
JAIME.-En oficinas.  
PABLO.-¿Si estudiabas en la Universidad, la causa del pueblo...?  
JAIME.-Me preocupa tanto como a ti. Fuimos tan pocos los que nos unimos...  
PABLO.-¡Ten cuidado! Después continuaremos. Ponte a limpiar el suelo.

(Le acerca una escoba.)

RUBÉN.-(Acercándose a PABLO.)--¿Tienes un lápiz?

(JAVIER se aleja mientras barre.)

PABLO.-El último que me quedaba te lo di ayer.

RUBÉN.-Lo he gastado.

PABLO.-Te pasas las noches escribiendo...

RUBÉN.-Hoy tendré visita y me traerán alguno.

PABLO. (Se queda mirándole.)--¡Vaya facha que tenemos!

RUBÉN.-¿Son feas mis alpargatas?

PABLO.-¿Pero son alpargatas?

RUBÉN.-Eran

(Pausa.)

PABLO.-Es temprano y... ¡Vaya calor!

RUBÉN.-¡Menuda siesta nos espera!

PABLO.-¿A qué vino ese italiano?

RUBÉN.-A darme ánimo.

PABLO.-Lo dudo.

RUBÉN.-Aún tengo quien se molesta.

PABLO.-¡Sería mejor nos envidiaran y no fueran tan cumplidos!

RUBÉN.-¿Me cambias tu camisa?

PABLO.-Te viene grande.

RUBÉN.-La tienes más limpia y nueva que la mía.

PABLO. (Quitándose la.)—Toma

RUBÉN. (Hace lo mismo con la suya.)--¿Te viene?

PABLO. (Poniéndose la.)--¡Con este vientre...! Mercedes se dará cuenta.

RUBÉN. (Poniéndose la camisa de PABLO.)—No verá en qué estado llevo mi ropa.

(Oscuro. Los presos barren el patio. Otros forman corros. Una penumbra les envuelve. Quedan inmóviles. El locutorio se ilumina y aparecen MERCEDES y JULIA pobremente vestidas, pero con dignidad, junto a familiares y amigos que esperan la hora de visita.)

JULIA. (A MERCEDES que está sentada.)--¿Esperando...?

MERCEDES. (Mueve la cabeza.)--¡Ya ves!

JULIA.-Tenemos que aguantarnos.

MERCEDES.-Antonio es de otra madera.

JULIA.-¿En qué sentido?

MERCEDES.-Más práctico.

JULIA.-¿Práctico...?

MERCEDES.-¿Si le ofrecieran salir, no se aprovecharía?

JULIA.-¡Pues claro!

MERCEDES.-A eso me refiero.

JULIA.-¿Es que al tuyo...?

MERCEDES. (Indiferente.)--¡Sí, Julia! ¡Y no quiere hacerme caso!

JULIA.-¿Segura? Algo pedirán a cambio

MERCEDES.-Por mucho que le pidan... ¿Es preferible que estemos separados?

JULIA.-Es que tener marido y estar siempre tan sola...

MERCEDES.-No puedes figurarte lo mal que me pone verle entere rejas y sobre todo la espera.

JULIA.-¡Qué remedio!

MERCEDES.-Y como te ponen vigilancia...

JULIA. (Con alegría.)—Pero les vemos...

MERCEDES. (Con dolor.)—Sin poder tocarles, como si fueran perros enjaulados.

JULIA.-¡Ya soltarán a nuestros hombres!

MERCEDES.-¿Cuánto...?

JULIA.-Todas las posibilidades no se han agotado. ¿Por qué desesperar? Conozco a muchos que ya han salido.

MERCEDES. (Pesimista.)—Si viene del Supremo...

JULIA.-¿Vamos a ser tan desgraciadas?

MERCEDES.-¿Qué pena le han puesto al tuyo?

JULIA.-¡Muchos años! Y eso que Antonio jamás intervino en ninguna detención.

MERCEDES.-Se metería en líos, como el mío. Iría con alguno que sí hiciera daño, ordenara ejecuciones...

JULIA.-Esos han sido más pillos. ¡Los muy sinvergüenzas...! Se han escapado al extranjero. Y como siempre, los más infelices, con eso de que no tienen nada que ocultar...

MERCEDES.-¡Aquí debían estar las mujeres de quienes yo sé!

JULIA.-Rubén ha tenido cargos y eso es más delicado.

MERCEDES.-¡El sólo piensa en escribir, en sus libros!

JULIA.-¿Y le han encerrado?

MERCEDES.-Sus ideas y las compañías que se buscó han tenido la culpa.

JULIA.-Háblale de la forma que puedas llegar a convencerle...Emplea todos los resortes que tengas, pon a tu hijo por medio, procura llegar a él como tú sepas mejor... ¡yo que sé!

MERCEDES.-¡De qué voy a convencerle! Me pongo frente a él... y se me quitan las ganas hasta de hablar.

JULIA.-Creo será mejor le tengas contigo por las noches a que se pudra en esta cárcel.

MERCEDES.-No conoces a Rubén.

JULIA.-Si tú no lo consigues...

MERCEDES. (Desiste.)—Resulta que yo... yo también estoy de acuerdo con él.

JULIA.-¿Y le quieres?

MERCEDES.-Precisamente porque no es como los demás. No sólo le quiero... le admiro y respeto.

JULIA.-Pero tú... yo... nosotras somos las víctimas, las que pagamos sus extravagancias. ¿A mí qué más me da gobierne un régimen u otro? Todos son lo mismo. Lo que deseo es tener lo suficiente para vivir y sobre todo tener a mi Antonio.

MERCEDES. (Defendiendo a RUBÉN.)—Rubén no es extravagante. Que le dan para estar contigo? Nosotras sufrimos las consecuencias. Ellos siempre tienen razón.

MERCEDES.-Tú... puedes llorar sólo por un ojo. No tienes hijos.

JULIA.- (Casi llorando.)--¡Qué más quisiera! Cuando me encierro en la casa. Me da por llorar, por hablar sola... y termino desesperándome al abrir los cajones de la cómoda y ver las sábanas bordadas de mi ajuar que apenas tuvimos tiempo de estrenarlas. ¡Es demasiado!

MERCEDES.-¿Te llevas bien con su familia?

JULIA.-¡Su familia! ¡Se cambian de acera cuando me ven por la calle!

MERCEDES.-Es natural. Hay tanta escasez...

JULIA.-Me he portado muy bien con sus padres. El que nos hayan cerrado la taberna no es culpa mía.

MERCEDES.-Los suegros...

JULIA.-Los tuyos harán lo mismo. No se molestarán demasiado.

MERCEDES.-Sus hermanos le ayudan y vienen a verle.

JULIA.-¿Pero a ti te hacen caso? (Pausa.) Di que somos decentes y no hacemos lo que otras.

MERCEDES.-¡Con qué humor!

JULIA. (Con decisión.)—Somos bastante jóvenes y todavía se nos puede mirar.

MERCEDES.-¿Qué estás diciendo?

JULIA. (Reacciona.)--¡Tonterías! Si aunque nos lo propusiéramos... fracasaríamos. No servimos...

(Pausa.)

MERCEDES.-Que mi suegra no venga a ver a su hijo tiene explicación, porque está inválida, pero su padre... No quiere saber nada de Rubén.

JULIA.-Tendrá motivos.

MERCEDES. (Cansada)—Yo no sé lo que voy a hacer para sacar a mi hijo adelante. La costura... si no fabrican telas ni en las tiendas venden hilo... ¿De qué vamos a vivir?

JULIA.-Tenemos que ser fuertes, valientes.

MERCEDES.-¡Aunque te mueras... nadie te echa una mano!

(IRENE, muy vestida, algo provocativa, entra en el locutorio, acaparando todas las miradas.)

JULIA.- (A MERCEDES en tono más bajo.)--¿Te das cuenta? ¡Hay quien sabe vivir!

MERCEDES.-¡La muy desvergonzada...! ¿Tiene valor de presentarse así a su marido?

JULIA.-¿Le hablamos?

MERCEDES.-Me da...

JULIA. (Resuelta.)—Pues a mí no.

MERCEDES.-Que a nosotras no nos importa.

JULIA.-¡Déjala de mi cuenta!

MERCEDES.-Van a pensar somos todas iguales.

JULIA.-Senota a la legua quién es cada una. (A IRENE.) ¡Buenos días!

IRENE. (Incómoda.)--¿Falta mucho para la visita?

JULIA.- (Irónica.)--¿Tienes... prisa?

MERCEDES. (Indignada.)--¡Debías acostumbrarte!

IRENE.-Me refiero a que es muy desagradable y triste permanecer en la cárcel.

JULIA.-A ti poco se te nota.

IRENE. (Con falsa modestia.)--¿A mí...?

JULIA.-Te debe ir muy bien, porque salta a la vista.

(La repasa descaradamente.)

IRENE. (Violenta, disimula.)--¡Qué va! Me gustan los trapos. Al no poderme hacer nuevos... los cambio o me los arreglo un poco más a la moda.

MERCEDES.-¿Sin tener a tu marido contigo?

IRENE.-¡Hay que sobreponerse!

MERCEDES.-¡Ya! No hay más que verte. Eres de las que el mundo les importa un rábano, que estás por ti y que antes que tú no hay nadie.

IRENE.-¿Es un reproche?

MERCEDES. (Desconcertada.)—Una provocación.

IRENE. (Altiya.)—Se nota eres de pueblo. De todos modos... ¿qué puedo hacer?

MERCEDES.-Quedarte en tu casa y...

IRENE. (Agresiva.)--¿Y qué...?

JULIA.-¡Sin humos, nena, que aquí nos conocemos todas y sabemos con quién nos tratamos!

IRENE. (Cínica.)--¡Desde luego!

MERCEDES.-¿Le da igual a tu marido vayas..?

IRENE.-Yo... yo estoy fuera. Se lo advertí a Enrique antes que le encerraran; pero no me hizo caso. ¡Estaría bueno le guardara su ausencia!

MERCEDES.-¿Y por qué vienes?

IRENE.-¡Hay que vivir y... las normas sociales hay que mantenerlas aunque sea aparentemente!

MERCEDES.-¡Qué valor! ¡Hasta qué punto eres cínica!

IRENE. (Desafiante.)—Conmigo os habéis equivocado. Perdéis el tiempo. La mala racha pasó. Estamos en paz y corren otros vientos. Su familia.. su familia vería mal que no viniera a verle. Hay que disimular.

JULIA.-¿A ti no te han dicho una cosa, verdad?

IRENE.-Últimamente me dicen muchas.

JULIA.-Añade ésta, que si eres mujer de bien... la comprenderás.

IRENE. (Sin prestarle atención.)--¿Qué estás insinuando?

JULIA.-Eres una fresca sin escrúpulos y tu marido no se merece que encima te rías de él

IRENE.-¡Estupideces!

JULIA.-¡Mucha estupidez, pero si fueras como Dios manda, entenderías lo que te quiero decir!

IRENE.-¿Pero qué dices...?

JULIA. (Levanta el tono de voz.)--¡No me calientes que te lo suelto!

MERCEDES. (Contenido a JULIA.)--¡Por favor, Julia!

IRENE.-En este ambiente todo está contaminado. Habría que desinfectarlo.

JULIA.-A la que hay que desinfectar es a ti, asquerosa, que estás poniendo los cuernos al infeliz de tu marido.

IRENE. (Con desprecio.)--¿Te da envidia?

JULIA.-¡Tía zorra, si me vuelves a dirigir la palabra te abro de arriba abajo.

GUARDIA.-¡Ya está bien de discusiones! ¡Mujeres...! ¡O se apaciguan o se van a la calle!

(Hace mutis. IRENE queda altiva e inmutable. Todos la miran moviendo la cabeza.)

MERCEDES.-¡Julia, ánimo y componte un poco!

JULIA. (Mientras se arregla.)—Si en vez de estar aquí es fuera... esa marrana se acuerda de mí. ¡Venir a burlarse en nuestra propia cara!

(En el locutorio quedan inmóviles, tomando acción en el patio.)

GUARDIA.-¡Presten atención! Antonio Tejero, Enrique Díaz, Rubén Canales, al comunicatorio. Felipe Costas, Ignacio Luque...

(Los reclusos salen por la puerta de la izquierda del espectador al locutorio. Los demás permanecen inmóviles en el patio. Un guardia pasea vigilando por el pasillo-locutorio. Los diálogos se van sucediendo.)

MERCEDES.-¡Aquí...! ¿Cómo estás?

RUBÉN.-¡Bien!

MERCEDES.-Te encuentro algo demacrado y no me gusta el color que tienes.

RUBÉN.-Apenas me da el sol.

MERCEDES.-¿Comes lo suficiente?

RUBÉN.-Que sí, mujer, pero ya me conoces.

(Tose.)

MERCEDES.-¿Estás enfermo?

RUBÉN.-No es nada. Me he vuelto a constipar. ¿Y Marianín?

MERCEDES.-Hecho una rosa.

---

ANTONIO. (Reprimiendo un grito.)--¡Julia...!

(Se coge a los barrotes.)

JULIA. (con emoción.)--¡Antonio...! ¿Cómo te sientes?

ANTONIO.-¡Muy bien... pero sin ti!

JULIA.-¡Cuánto te quiero...!

---

RUBÉN.-¿Anda?

MERCEDES.-Corre la casa de punta a punta. Se coge a las sillas cuando se cansa o piensa que puede caerse. Te llama a menudo.

RUBÉN.-¡Qué ganas tengo de verle!

MERCEDES.-Como es tan pequeño, el viaje tan pesado y hace tanto calor no lo he traído. Pero es que si se nos pone enfermo...

RUBÉN.-Has hecho bien, pero... me agradecería tanto verle andar. Dale muchos besos y abrazos y dile también que un amigo mío le está haciendo un juguete para cuando venga.

MERCEDES. (Conteniendo un sollozo.)—Se lo diré.

RUBÉN.-¿Y mis padres?

---

ENRIQUE. (Al ver a IRENE le extiende las manos con ternura.)--¡Irene... cuánto tiempo...!

IRENE. (Con frialdad.)--¡Hola...! Estoy resolviendo algunos detalles que olvidaste.

ENRIQUE. (Decepcionado al ver la poca acogida de IRENE.)--¿Y los niños...?  
IRENE. (Disimula.)--¡Muy bien! Tus padres les cuidan.  
ENRIQUE.-¿No vives con los abuelos?  
IRENE. (Seca.)—No. Discutía a menudo con tu madre y... preferí quedarme en casa.  
ENRIQUE. (Con pesar.)-Pero... ¿de qué vives?

---

MERCEDES.-Tu padre sigue igual. Tu padre...  
RUBÉN. (La interrumpe con disgusto.)—Tan ocupado como siempre. ¿Se meten contigo...? ¿Te ayuda alguien? Resiste cuanto puedas, que ya saldré de aquí.  
MERCEDES.-Me gustaría traerte todo lo que hay en la plaza... ya lo sabes, pero...

(Llora.)

RUBÉN. (conmovido.)--¿Vas a llorar...?Mujer, no te pongas triste, que lo único que necesito es a ti y a nuestro hijo. Lo demás sobra.  
MERCEDES.-¡Rubén...!  
RUBÉN.-¡Mercedes... hay caminos que van a la montaña donde no es preciso el aire y seres que se ahogan como nosotros mientras otros muchos respiran unidos.  
MERCEDES.-¡Dices cosas tan bellas...!  
RUBÉN.-No te apures por nada que todo se arreglará.  
MERCEDES.-¿Te acuerdas de mí...?  
RUBÉN.-¿Cómo eres capaz...? Si el peor de mis pesares es el de tu ausencia...

---

ANTONIO.-No desesperes, que pronto llegará un indulto.  
JULIA. (Creyéndose lo que dice.)--¡Pues claro..!  
ANTONIO.-Si me tiene a cuerpo de rey...

---

MERCEDES.-Don Juan me ha dicho que hará todo lo posible por sacarte.  
RUBÉN. (Serio.)--¿Le has suplicado...?  
MERCEDES.-¡Por ti sería capaz de todo! Pero no te inquietes, no lo he hecho. Le pedí que se dé prisa porque te necesitamos.  
RUBÉN.-Quisiera olvidarte.  
MERCEDES. (Descorazonada.)--¿Por qué?  
RUBÉN.-No tengo labios con que poderte besar.  
MERCEDES. (Tranquilizada.)--¡Me habías asustado! Piensa bien lo que vas a hacer.

---

ENRIQUE.-¡Nunca me los traes!  
IRENE.-Ignoran tu paradero. Creen estás en el frente y que te llevaron a Rusia. ¿Deseas te vean entre rejas? ¿O que se acomplejen?  
ENRIQUE. (Grita.)--¡Irenes, basta! Todo lo hice por complacer tu vanidad y porque me empujaste a ellos.  
IRENE. (Dueña de la situación.)--¿De qué hablas?

ENRIQUE.-¡He sido un pelele en tus manos!

IRENE. (Cínica)—Te faltó inteligencia para saber a qué atenerte cuando se veían claros los resultados de la guerra.

ENRIQUE. (Dolido.)--¿Me lo echas en cara...?

IRENE.-¿Pensabas que por reír las salvajadas de tus compinches, ponerte un bonete en la cabeza, vestirse con las ropas de los religiosos robadas en las iglesias e ir confiscando a las pobres gentes la poca o mucha hacienda que tenían, aprovechándote de su miedo e ignorancia, de su temor, eso sí, con todas las de la ley en nombre del partido, te iba a salir bien o enriquecerte, ocupando el puesto de ministro al acabar la guerra?

ENRIQUE. (Dando puñetazos en las rejas.)--¡Tú y tu ambición fuisteis quienes me obligaron a cometer esos disparates! Yo te quería y la prueba es que por tu culpa estoy aquí. ¿A qué has venido?

IRENE.-Sin gritar, que no es propio de personas educadas. Eres hombre de carrera.

ENRIQUE.-Podías ahorrarte la visita.

IRENE.-Estoy sola y... no voy a pasar privaciones siendo la señora legal de un abogado, cuya familia es de las más pudientes de la ciudad.

ENRIQUE.-¡Has abandonado a mis hijos!

IRENE.-Delante de los niños... ciertas discusiones...

ENRIQUE. (Trata de reconciliarse.)—Esperamos un indulto.

IRENE. (con dureza.)-¡Mentiras para consolaros! (Reacciona y con disimulo confi8esa.) Es que... no he tenido más remedio que...

ENRIQUE. (Suplicante.)-No cometas ninguna imprudencia que luego ensombrezca nuestra felicidad. (Imponente.) Ahora no puedo solucionar nada. ¿Qué hago?

(Pausa.)

IRENE. (Con tacto.)-Un simple documento de compra-venta a mi nombre en el que me hagas tu heredera.

ENRIQUE.-¡Has venido sólo por...! ¡Vete... te lo suplico...! Agradezco tu sinceridad, porque al fin me doy cuenta lo poco que vales y lo mucho que... ¡Vete... vete!

(Sale llorando.)

IRENE.-¡Enrique...!

---

RUBÉN.- Me veo en el pozo del fracaso.

MERCEDES.-Tu mujer nunca te defraudará.

RUBÉN.-Despedirme de ti.. es como una muerte.

(Tose.)

MERCEDES.-Estás enfermo, cuídate.

RUBÉN.- Lo haré, Mercedes, lo haré...

(Se hace oscuro.)

TELON

## SEGUNDA PARTE

(Las figuras cobran movimiento en el patio. Algunos reclusos llegan del locutorio.)

VICENTE.- ¡Ya entran!

RAMÓN.- Las familias se van y ellos se quedan.

VICENTE.- ¡Sí que están serios!

RAMÓN. (A RUBÉN.)-- ¡Vamos, que no se acaba el mundo! ¡Cuéntanos...!

RUBÉN. (Abstraído.)— La basura diaria, que los hombres dejan, pesa sobre los sentidos.

(Tose.)

VICENTE.- Sin filosofías, Rubén. Lo primero que debes hacer es pensar menos y cuidar ese endiablado resfriado.

RUBÉN.- (Abre la bolsa y saca unas alpargatas nuevas.)- Vicente, ponte estas alpargatas.

VICENTE. (Violento.)- No debo permitirlo. A tu mujer le habrán costado mucho sacrificio. ¿Tú... qué vas a ponerte?

RUBÉN.- Muchos se las quitan en buen uso. Póntelas, que llevas los pies por el suelo y no tienes a nadie.

(Se las da, todos contemplan la escena.)

VICENTE. (Emotivo.)- ¡Gracias, Rubén! ¡Eres un tío grande!

(Le coge las manos y se las besa muy rápidamente, porque RUBÉN le rechaza.)

RUBÉN. (Abrumado.)- ¿Qué haces...? No se te ocurra repetirlo, porque me ofende. Antes... eras campesino y tus manos plantaban el trigo en la llanura. Vicente, las manos que han empuñado un fusil y quién sabe si habrán derramado la sangre de inocentes... no deben besarse. En cambio las tuyas, que han sembrado tantos campos de espigas son las únicas dignas de besarse, como la verdadera tierra y religión.

PABLO.- ¿Acaso importa la religión en el partido?

RUBÉN.- Dios no tiene partido.

PABLO.- ¿Te remuerde la conciencia que vuelves a ser creyente?

JAIME.- Sigue, Rubén, que todo esto me gusta.

RAMÓN. (A JAIME.)- ¡Pareces una beata!

VICENTE.- ¡cuánto os agrada pelearos!

RAMÓN.- ¡Qué broma ni qué niño muerto! ¡En vez de perder el tiempo en boberías, pensemos la forma de irnos a nuestras casas!

PABLO. (Irónico.)-- ¿Piensas fugarte?

RAMÓN.- Si empezáis con tomaduras de pelo...

PABLO. (A RUBÉN)-- ¿Lo ves? Nadie opina lo mismo.

RAMÓN.- La mayoría de frustrados son los que acuden a Dios.

ANTONIO.- Parecéis curas discutiendo.

(Registra su bolsa.)

PABLO. (Resentido.)—por eso, cuando hace falta, Dios cuida a los pobres necesitados. Les arrebatara sus ilusiones, les quita hasta la vida... ¿Por qué no me preguntáis a mí quién es Dios?

RUBÉN.-¿Y tú... quién eres para definirle?

PABLO.-¿Es todo eso lo que te enseñan los libros?

RUBÉN.-Debían enseñarnos a no saber nada.

VICENTE.-¿Te refieres...?

RAMÓN. (Cambiando el tema.)--¿Queréis decirme de una vez cómo están vuestras familias?

RUBÉN.-Lo deben pasar mal. Mi mujer no se queja, me anima... pero yo lo presiento en la manera de mirarme

(Tose.)

PABLO.-O vas al médico o te llevamos a la fuerza.

RUBÉN.-Me cuidáis como a una señorita.

VICENTE. (Que se ha puesto las alpargatas.)--¡Ni que las hubieran comprado a medida!

RUBÉN.-¿Repartimos esto?

(Levanta la bolsa.)

ANTONIO. (Muy pensativo a RUBÉN.)--¡Rubén...!

RUBÉN.-Dime...

ANTONIO.-¿No te ahoga el aire?

RUBÉN.-Sólo me oprime.

ANTONIO.-¿Sabes, tienes razón con lo del tornillo?

PABLO.-¿Qué tornillo?

(Mira a su alrededor.)

ANTONIO.-¿Lo dudas?

VICENTE.-De tanto sentirlo nos hemos acostumbrado.

JAIME.-Pero...¿y si estallara la tuerca?

PABLO. (A ENRIQUE, que está muy nervioso y ausente del grupo.)--¿Enrique, serías capaz de resistir un peso que no vieras?

ENRIQUE. (Distraído.)-¿Cómo...?

RAMÓN.-¡Siempre con adivinanzas!

PABLO.-¿Qué sucedería si un tornillo gigante fuera retorciéndonos y aniquilándonos lentamente, como si estuviésemos a ciegas para defendernos y escucháramos el paso de rosca conforme transcurren los días?

ENRIQUE.-¿A qué tornillo te refieres?

ANTONIO. (Ve lo que dice.)—Al que hay sobre nosotros, sobre la vida.

RAMÓN.-¡Lo pones tan difícil...!

ANTONIO.-Es un tornillo que forja la espera imprecisa de una libertad que nunca llega, porque nos han condenado al aniquilamiento, al fracaso.

ENRIQUE.-¡Yo también lo siento!

RUBÉN. (Muy solemne.)-El corazón lo tengo roto de tanto machacarle. ¿Qué hemos hecho para que hayan puesto en nuestra vida tanto encierro?

(Los siete permanecen mirándose como esperando una respuesta que de sobra conocen y jamás se darán. Oscuro. De nuevo aparecen ANTONIO, PABLO, RUBÉN, JAIME, RAMÓN y ENRIQUE sentados o en pie en la estrechez de la celda. Es por la tarde. Los guardias vigilan desde el patio.)

RAMÓN. (Con fastidio.)--¡Las seis de la tarde y a dormir!

ANTONIO.-¡Porque es verano!

VICENTE.-A mí... bueno, me da lo mismo; pero me iría a tomar el fresco por el muelle.

ENRIQUE.-¡Tener el mar tan cerca...! ¡Otros lo harán por nosotros!

RAMÓN.-¿Por nosotros...? Seguro pensarán en ti o en mí mientras se diviertan.

JAIME.-De niño me llevaban al rompeolas.

ANTONIO.-¡Estás listo con tus recuerdos!

PABLO.-Nos tendrán encerrados, pero nadie puede obligarnos a que no pensemos lo que nos dé la gana.

ANTONIO. (Con segundas.)--¡Ya salió el protector!

(Sonríe maliciosamente.)

PABLO. (Dolido.)--¿A qué viene esa guasa?

ANTONIO.-¡Por nada! ¡Que defiendes al chico...y hace gracia!

JAIME. (Envalentonado.)—Por lo que veo eres muy gracioso y estás de cachondeo.

ANTONIO. (Agresivo.)--¡Cállate y no interrumpas cuando hable un tío!

PABLO. (A JAIME.)—Es un tío... Subraya lo de tío por si no te has dado cuenta todavía.

ANTONIO.--¡Podías meterte la lengua en el culo!

RAMÓN.-¡Eso! ¡Otra discusión y así no permaneceremos ociosos! Caballeros a nuestro alrededor.

ANTONIO.-¡Serás marica!

PABLO. (Le da un trompazo.)—Aquí no hay maricas, ni viciosas, ni locos...Sólo el producto que entre todos hemos fabricado.

ANTONIO. (Devolviéndole otro golpe.)--¡Si le defiendes es porque eres tan marica como él!

PABLO. (Enfurecido se le abalanza y casi le ahoga.)-¡Sucio...!

(RUBÉN, que estaba leyendo, y los otros, les separan.)

VICENTE.-¿Buscáis nos metan en la celda de castigo?

RAMÓN.-Daos con la cabeza en la pared hasta que reventéis; pero no compliquéis más la situación.

ANTONIO.-¡A ése le hago tragarse lo que ha dicho!

RAMÓN.-Pero si no ha dicho nada. Tú eres el que no paras de meterte en lo que no te importa.

RUBÉN.-¿Es que no es suficiente lo que tenemos encima?

ANTONIO.-¡Ese me las paga...! Tú... tú eres diferente. Pero ese par de cochinos...! Tú eres como un grano de semilla en el granero.

RUBÉN.-Pero este grano que tú dices no se ve en el granero, se hará dueño del mundo entero, crecerá... y sabrán tengo razón, teniendo que venir todos vosotros a mi lado, porque es lemas sano de todos.

RAMÓN.-No me convences, Rubén.

RUBÉN.-¿Tienes alguna queja?

RAMÓN. (Serio.)--¿Es necesaria? Te respeto y casi te admiro. Pero estás equivocado.

RUBÉN.-Si no me lo explicas...

RAMÓN.-Es una lástima te hayas afiliado al partido comunista.

RUBÉN.-¿Tan convencido estás?

RAMÓN.-Tu partido no ha estado nunca junto a la clase obrera.

RUBÉN.-¿Y cuál ha sido la causa de la revolución?

RAMÓN.-Presumís de haber hecho la revolución, intelectuales y pequeños burgueses.

RUBÉN.-Fuimos la solución más rápida.

RAMÓN.-Olvidándoos de lo principal.

RUBÉN.-¿Del pueblo...! El es nuestra preocupación.

RAMÓN.-¡El pueblo...! ¿Cuál pueblo?

RUBÉN.-El tuyo, el mío...

RAMÓN.-A los veinte años era maestro de la República, Maestro Rural. Fui a las milicias culturales antifascistas. Me pagué los estudios trabajando y he sido Comisario Político de la CNT.

RUBÉN.-¡Más o menos... estar en contra del Régimen actual! He sido pastor, recadero, fámulo, empleado... siempre he vivido de mi trabajo y con la gente. Me importan sus problemas.

RAMÓN.-¿Tratando con intelectuales y costeándote la causa del pueblo viajes a Moscú?

RUBÉN.-Ha sido en bien de la cultura para estudiar la escena de los rusos.

RAMÓN.-Di por tu beneficio; porque a los demás lo que puedan interesarles tus viajes y conocimientos...-

ANTONIO. (Que se le ha pasado el enfado.)-Con Ramón has encontrado zapato a medida.

RUBÉN.-La revolución la tiene que hacer la clase obrera.

RAMÓN.-¿Sientes lo que dices?

(Pausa.)

RUBÉN.- El partido nunca se equivoca.

RAMÓN.-Pero no crees en la democracia de los trabajadores. En el fondo el partido desconfía en cuanto que la cree incapaz por sí sola de obtener el poder y culminar la revolución.

RUBÉN.-el partido está sobre la clase obrera. El comité central sobre el partido...

RAMÓN.-... Y el Secretario General sobre el Comité Central. En definitiva, es un nuevo despotismo ilustrado.

RUBÉN.-¿A dónde vas a parar con tantos rodeos?

RAMÓN.-¿Rodeos...? Trato de exponer y aclarar algunos conceptos que tú los disimulas. Conozco vuestros principios: "Primero ganemos la guerra. Después, ya haremos la revolución." Sin embargo, estamos ya haciendo la revolución cuando hacemos la guerra. Por lo tanto no tenemos que aliarnos con nuestros enemigos de clases. Porque ellos se unen a la clase obrera, pero después pasan la factura.

RUBÉN.-¿A nosotros...? ¿Qué podemos dar?

RAMÓN.-me has entendido perfectamente. No insistas... porque lamentaría tener que distanciarnos por las ideas.

ANTONIO.-¿Pero qué ideas?

PABLO.-A ve si unas veces por unos y otras... por otros, tenemos que estar discutiendo.

(UN GUARDIA se acerca a la celda.)

GUARDIA.-Rubén.

RUBÉN.-Sí

GUARDIA.-El Cabo desea verte.

RUBÉN.-¿Ahora?

GUARDIA. (Abriendo.)-Sal. Aguarda en el patio.

VICENTE. (En voz baja a RUBÉN.)-¡Sé prudente y no armes ningún lío! No se te ocurra decir ni media de lo que habéis estado hablando.

RUBÉN.-Al menos estiraré las piernas.

(Sale y el GUARDIA cierra. Los compañeros quedan en expectación. RUBÉN va hacia la esquina, en donde está el Cabo)

CABO NÚÑEZ.-¿Podemos hablar?

RUBÉN.-Usted dirá. Mi tiempo es suyo.

CABO NÚÑEZ. (No sabe cómo empezar.)—Soy hombre de pocas palabras y... de verdad, Rubén, no sé cómo decírtelo.

RUBÉN.-Todo lo que envilece al hombre debe manifestarse. Es una liberación.

CABO NÚÑEZ.-Tu comportamiento es bueno. Es más... te preocupas de todo.

RUBÉN.-Es mi deber de hombre.

CABO NÚÑEZ.-Personalmente yo no te aconsejaría...

RUBÉN.-¿Qué clase de consejos?

CABO NÚÑEZ. (Con cierto reparo.)—Es por tu bien, por el bienestar de los tuyos... por ti mismo.

RUBÉN. (Cortándole.)—Prefiero vaya al asunto.

CABO NÚÑEZ.-Tus amigos se interesan y quieren ayudarte.

RUBÉN.-¿Qué amigos...?

CABO NÚÑEZ.-Los tuyos, los que pueden sacarte.

RUBÉN. (Muy serio.)--¿A cambio de qué...?

(Se miran.)

CABO NÚÑEZ.-Mañana vendrán a interrogarte...

RUBÉN. (Cansado.)-¡Más interrogatorios...! ¿Qué buscan de mí?

CABO NÚÑEZ.-Tengo orden de comunicártelo para que te prepares.

RUBÉN.-¿Quiénes son?

CABO NÚÑEZ.-Buena gente. Y con poder para aplicártelo si utilizas la inteligencia. Gente influyente. Saldrás beneficiado.

RUBÉN. (Muy serio.)—Entonces no son mis amigos.

CABO NÚÑEZ.-¿Pero...?

RUBÉN.-¿Desean traicione mis principios?

CABO NÚÑEZ.-Piénsalo y recapita. Todos los días no se presentan ocasiones... digamos tan beneficiosas.

RUBÉN.-Cabo Núñez, muy tentadora su oferta; pero... me temo pierdan el tiempo como otras veces.

CABO NÚÑEZ.-¡Tú sabrás! (Llamando.) ¡Guardia...!

(El GUARDIA acompaña a RUBÉN a su celda. Todos le rodean.)

ANTONIO. (Curioso.)--¡Dinos...!

RAMÓN. (Con sorna.)—Has caído en gracia.

VICENTE. (Temeroso.)--¿Te han preguntado por alguno de nosotros?

RUBÉN. (Muy preocupado.)--¡Algo preparan y me huele mal!

ANTONIO.-Explicate...

RUBÉN.-Me han citado para mañana en la sala privada o interrogatorio. Quieren proponerme un cambio.

ANTONIO.-¿Con quién?

RUBÉN.-Un apaño o arreglo.

ANTONIO.-¿Así de claro?

RUBÉN.-No lo sé; pero me figuro de quién ha partido esta idea.

VICENTE.-todavía ignoras para lo que te llaman.

RAMÓN.-Loa que sois importantes para la causa, estáis muy complicados y os tienen demasiadas preferencias.

RUBÉN. (Indignado.)—Ramón, no es justo lo que dices. Sólo emplean consideraciones con los que se dejan embaucar y yo no soy un traidor. Estoy conforme con lo que hago y por mis principios sufro persecución y cárcel.

RAMÓN. (Con rabia.)-¿Interesamos alguno de nosotros? ¡No! ¿Se les ha ocurrido pensar que tal vez cambiaríamos de parecer si nos dieran la oportunidad que te ofrecen? Tú eres intelectual, has ocupado un cargo de mucha responsabilidad y por lo tanto... debes conocer muchos planes.

RUBÉN.-¿Qué planes? El único móvil que me ha empujado es llevar la cultura a todos los rincones que estaban apartados de la civilización.

RAMÓN.-¡Ya! A las madres que tenían a sus maridos en el frente les preocupaba mucho el que sus hijos supieran leer o escribir. ¿Ibas tú a enseñarles a sus casas? ¿Dónde te ocupabas?

RUBÉN.-Escucha, Ramón, mi labor era distinta, me desenvolvía en otras esferas.

RAMÓN. (Acusándole.)—Malgastando el tiempo en hacer poesías y enardeciendo a los que momentos después dejaban su vida como un trapo sucio manchado en su propia sangre.

RUBÉN. (Autodefendiéndose.)—Ha sido parte de mi labor.

RAMÓN.-¿Llamas labor a lo que ha sido tu entretenimiento?

RUBÉN.-Escribir no es entretenimiento, más, cuando lo entregas todo.

RAMÓN.-¿Qué has entregado tú? ¿El brillante porvenir que disfrutabas guardando cabras en la sierra? ¿O los eminentes cargos que has ocupado en Madrid como escritor?

RUBÉN.-¿Entonces piensas que lo único que me hizo alistarme al partido fue el interés?

RAMÓN.-Si no te conociera, es posible. Pero... te lo has tomado muy en serio. Eres un idealista y con hablar y discutir no solucionaremos nada. Hay que dar una solución más eficaz.

ANTONIO.-¡Todo se ha terminado nos convenga o no!

RUBÉN.-¡Todo no!

RAMÓN.-¿Se te ocurre algo ya que eres tan listo?

RUBÉN.-¿Tan imposible lo ves?

RAMÓN.-¿Imposible...? Ni lo pienses.

RUBÉN.-¿Y por qué no?

RAMÓN.-¿Esperas otra guerra para que nos suelten?

ANTONIO.-Somos presos políticos.

VICENTE.-¡Qué rimbombante suena eso! ¿Estáis mal?

ANTONIO.-Como tú, si te dan ganas de orinar lo haces encima de nosotros y te quedas tan fresco...

PABLO. (Que está recostado.)—Es viejo.

ANTONIO.-Pues que le cambien de sitio o le pongan cerca de la puerta.

VICENTE. (Avergonzado.)-¿Lo hago para fastidiaros? ¡Los viejos estorbamos en todas partes!

RAMÓN. (A Vicente.)—Se lo he pedido al Cabo, que me ponga junto a la salida..., pero no quiere alterar el orden en que estamos.

ANTONIO.-¡A él le ponía a dormir con nosotros! ¡Hijo de perra...!

RUBÉN.-Son medidas absurdas de contención. Nos volverán a todos perturbados mentales.

RAMÓN.-Mejorar las condiciones en que nos tienen es lo que debían hacer.

PABLO.-Quieren mejorar nuestra conducta privándonos de libertad y así no lo conseguirán.

RAMÓN.-Me gustaría leer lo que se me antoje, que me tuvieran informado, disponer de mi vida privada...

ANTONIO.-¡No pides nada! Poco menos que la reforma del sistema penitenciario.

RUBÉN.-Los obstáculos de estiércol con que tropiezo y me ensucian el camino... me infestan la respiración.

(Tose.)

PABLO.-¿Por qué no hablas más claro que te entendamos?

RAMÓN.-Que no escribes un libro.

RUBÉN.-¡Perdonad! En mí es frecuente la transposición de ideas en el mismo pensamiento.

(Tose.)

ANTONIO.-¿Para quién guardas esa tos maldita, por qué no vas de una vez al médico?

RUBÉN.-La guardo para que me haga compañía.

ANTONIO.-¿Con tantas visitas que recibes...? Además ninguna falta te hace pasear en plena siesta bajo el sol cuando sales a repasar tus lecciones de inglés.

RUBÉN.-Mañana tengo que presentarme al Director de la prisión.

ANTONIO.-Seguro te indultan por tu comportamiento.

RAMÓN.-¿Es que los demás...?

RUBÉN.-¡Indultarme...! Me figuro lo que quieren.

ANTONIO.-Mucho les tienes que interesar cuando se preocupan tanto de ti.

RUBÉN.-¡Demasiado!

RAMÓN.-somos tres mil quinientos. Casi todos de índole política y la minoría por delitos comunes. ¿Se acuerdan de alguno? En cambio por ti...

(Pausa.)

RUBÉN.-En la prisión del conde de Mol, cuando me condenaron a muerte, José Huarte y Miguel Plaza...

ANTONIO.-¿Quiénes son éstos?

RUBÉN.-Escritores. (Sigue.) Vinieron a verme con la esperanza de hacerme adherir al nuevo Régimen y así obtener mi libertad.

PABLO.-¿Qué te pidieron?

RUBÉN.-Lo mismo que hoy y que siempre, aceptar pruebas que demuestren mi arrepentimiento, aunque sea simulado.

ANTONIO.-¿Y no es preferible a seguir aquí?

RUBÉN.-¡Me parece increíble que esos viejos amigos no me hayan conocido! ¡Hacerme pretensiones deshonestas como si Rubén fuera una cabaretera!

PABLO.-Lo único que han pretendido es ayudarte, a su modo, pero ayudarte.

RUBÉN.-Después fueron los mismos a Zanca y me negué a recibirles.

RAMÓN.-Eso en mi tierra es tener un par de cojones.

RUBÉN.-¿Antonio, me dejas tu chaqueta?

ANTONIO.-Ahí la tienes colgada.

RAMÓN. (A Rubén.)—Debes tomar una postura seria si de verdad eres auténtico. Lo de mañana puede ser importante. Demuestra hasta dónde eres capaz.

RUBÉN. (Tose.)—No, Ramón, no hay suficientes cárceles que puedan amurallar mi voz.

ANTONIO.-como no tenemos nada en qué emplearnos a lo mejor pensamos más de la cuenta y sólo te llaman al comunicatorio para cualquier asunto insignificante.

RUBÉN.-¡Me llaman para lo mismo!

RAMÓN.-Intentarán persuadirte.

RUBÉN. (Abstraído.)—Mientras el alma me acompañe aguantaré los malos tragos que me depare la vida hasta que llegue la muerte.

VICENTE.-¡Lagarto, lagarto! ¡Pero qué ganas de morirte!

RUBÉN.-Es el tornillo, nuestro tornillo.

VICENTE.-Pues voy no quiero saber nada. ¡Siempre con la misma obsesión del tornillo!

(Se hace oscuro. Al encenderse la escena es por la mañana. Aparecen JAIME y VICENTE en la celda. RAMÓN, PABLO, ANTONIO y ENRIQUE en el patio. ENRIQUE está junto a RAMÓN sentado y pensativo. RAMÓN se apoya ligeramente en la pared. Hay otros presos.)

ENRIQUE.-Mis pulsos quedan muertos, raquíuticos sin la menor sensación de vida.

RAMÓN.-¿Por qué has de sentir?

ENRIQUE.-No lo entiendes.

RAMÓN.-¿Tu silencio?

ENRIQUE.-¡Qué importan las palabras!

RAMÓN.-Comprendo son tus dudas o la forma tan absurda que tienes para ver las cosas.

ENRIQUE.-¡Es imposible aguantar!

RAMÓN.-¿El qué no aguantas?

ENRIQUE.-Este bochorno, esta presión que lentamente va encogiéndome sin ningún miramiento.

RAMÓN.-¿Has tenido alguna vez cierta sensación de vacío sintiendo que te aprieta y hace daño?

ENRIQUE.-¡Vacío... opresión...! Antes me parecían formas aisladas con las que expresamos el estado de ánimo. Ahora...

RAMÓN.-Ahora te das cuenta, las palabras no existirían de no significar un hecho concreto.

ENRIQUE.-Es torpe lo que voy a decirte, pero jamás he sido más sincero conmigo mismo.

RAMÓN.-¡Exageras!

ENRIQUE.-¡Ni siquiera soy hombre!

RAMÓN.-¿Quién lo es en nuestras circunstancias?

ENRIQUE.-¡Soy un pelele... un desdichado!

RAMÓN.-¿Por tu mujer...?

ENRIQUE.-¡Esa zorra indecente... que por ella he cometido tantos disparates!

RAMÓN.-¿La sigues queriendo...?

ENRIQUE.-¡Quererla...! Mi propia razón me traiciona. Tengo motivos para odiarla, para escupir su recuerdo... y día que pasa la necesito más. ¿Por qué la querré, me preguntó? ¿Por qué sigo acordándome...?

RAMÓN.-¡Tú sabrás! Pero si estuvieses fuera es posible solucionarás tu problema. Aquí, aislado y cercándote siempre lo mismo... es normal des importancia a lo que de estar libre no la tendría.

ENRIQUE. (Confidente.)—Nos casamos al terminar mi carrera. Tenemos dos hijos. El mayor con siete años y la niña con tres. Viven con mis padres. Ella...

(Se pone furioso y triste.)

RAMÓN. (Animándole.)--¡Ya saldremos...!

ENRIQUE.-¡La guerra... esta absurda guerra ha sido la culpable!

RAMÓN.-¿Absurda por qué? Fue necesaria aunque llevemos la peor parte. Antes o después... Si no le ibas te habría traicionado. Y si tira al monte...

ENRIQUE. (Colérico.)--¡La he de matar! ¡Quiero llegar al final y cuando salga me desquitaré de tanto mal que me está haciendo!

RAMÓN.-Hablas y hablas... Desahógate si te sirve de algo. Pero tú... tal que la veas reincidirás estúpidamente. Sí, dirás que por tus hijos. Lo importante es que arregles tu situación.

ENRIQUE. (Aturdido.)--¿Haré eso...? Es mejor hubieran acabado conmigo a tener que sobrevivir a tanto desastre. No sé lo que es peor si la derrota, la cárcel o la burla de tu propia mujer.

(RUBÉN entra en la celda todo descompuesto quitándose la chaqueta y desabrochándose la camisa. ANTONIO y PABLO se le acercan.)

ANTONIO.-¿Cómo te ha ido?

RUBÉN.-¡Estúpidos...!

PABLO.-¿Qué te han hecho?

RUBÉN.-¡Casi nada! Me han propuesto una casa, cubrir todas las necesidades de mi familia, darme cien pesetas diarias o que ponga el número para mis gastos personales, que pida lo que necesite a cambio de firmar los trabajos que otros escriban a su elección.

PABLO.-¿Y qué expones haciéndolo?

RUBÉN.-Mi libertad.

ANTONIO.-¿Qué has respondido?

RUBÉN.-Señores, si Rubén tuviera doscientas vidas no podrían lograr una firma de Rubén en un libro que él no haya escrito.

PABLO.-¿Te lo han propuesto así de sencillo?

RUBÉN.-¡Parece mentira que el propio don Juan no me conozca todavía!

ANTONIO.-Querrá ayudarte.

RUBÉN. (Indignado.)--¿Tan ruinamente?

ANTONIO.-Los curas mandan hoy en día mucho. El sabrá por qué lo hace. Lo que siento es no tener a ninguno que se preocupe por mí. ¿Cuántos han salido de la cárcel por un simple informe de cualquier fraile o cura? ¡Aprovéchate y no seas tonto! Ese cura es el único que te puede sacar.

RUBÉN.-Teníais que haber visto al Director de Prisiones y a sus acompañantes.

PABLO.-¿Había más?

RUBÉN.-Unos cuatro.

PABLO.-¡Qué suerte!

RUBÉN.-No seas memo, Pablo. Los sentimientos del hombre que sea, valen más que las ofertas por muy tentadoras que parezcan. (Reconstruye.) “Rubén está en situación depravante y su esposa e hijo en la miseria. Usted puede salvar a esos seres que tanto quiere. ¿Cómo...? ¿Traicionando mis ideas, mis convicciones? Eso nunca. Tenemos una vida de más en el cuerpo. Ha llegado la hora de perderla. ¡Mala suerte si la perdemos!”

ANTONIO.-Don Juan no se habrá molestado para hacerte daño.

RUBÉN. (Obstinado.)—Debía conocerme mejor y no jugar con los sentimientos propios.

ANTONIO.-Habrá sido la única forma de que le hagan caso y de que tú salgas beneficiado.

RUBÉN:--¡Se lo agradezco, pero llegar a este punto...!

ANTONIO.-En esta ocasión no eres sensato.

RUBÉN. (Indignado.)--¿Sois vosotros los que pensáis hacer algo digno por la causa? Bueno: a vosotros como a otros muchos os da lo mismo una u otra. Me había olvidado que os dan de comer aunque sea a cambio de vuestra propia vida y lo agradecéis.

PABLO.-¡Cálmate! Tus afirmaciones ofenden!

RUBÉN.-¿Sabéis lo que les he contestado?

ANTONIO.-Me lo imagino.

RUBÉN.-Mi contestación ha sido: “Señores, no van a conseguir nada conmigo. Si quieren puedo retirarme.” (Tose.) Y aquí me tenéis. No deseo volver a verles.

(Tose.)

PABLO.- Reconozco que soy un cobarde y en tu pellejo... habría claudicado. Sí. ¿Qué harían los demás? ¿Subsistiríamos amparándonos sólo en la verdad...? La verdad, Rubén, ha traído a muchos sabios de cabeza durante generaciones y no tiene lugar en este mundo sucio de intereses e intrigas. Ponte la chaqueta no vayas a enfriarte. Yo en tu lugar... no sé lo que habría hecho. Tu comportamiento... es único y propio de ti. ¡Te animo Rubén!

(Se hace oscuro. Al encenderse el escenario aparecen en el patio reclusos con sus familiares más íntimos. Es el día de la Virgen de las Mercedes, patrona de los presos.)

MERCEDES. (con cierto desahogo.)--¡No puedo más!

RUBÉN. (Con su hijo en brazos.)--¿Por qué te quejas...? Si de mí dependiera...

MERCEDES.-El niño crece y los tiempos...

RUBÉN. (Animándola.)—Los tiempos cambiarán. Estoy plenamente seguro.

MERCEDES.--¿Mientras...?

RUBÉN.-Ten paciencia. ¡Todo llegará!

MERCEDES.-Nos hacemos viejos.

RUBÉN.-¿Viejos...?

MERCEDES.-No soy envidiosa ni exigente, pero cuando veo a las vecinas que preparan la comida para sus maridos o lavan su ropa, zurcen los rotos de los calcetines, se peinan y acicalan a la hora que regresan del trabajo.. o me dicen alegres que se han hecho un vestido nuevo para irse de paseo con sus maridos... me da envidia y me pongo furiosa. ¿Es que el mío es peor que los otros? ¿Por qué tenemos que estar el niño y yo tan solos?

RUBÉN. (Conmovido.)—Debes arreglarte para el niño y para mí... porque me acuerdo siempre de vosotros y de teneros tan cerca casi no os echo de menos. ¿Reprochas mi actitud por desviar las propuestas que me hacen? Es mejor rechazarlas.

MERCEDES.-Tu mujer es una pobre ignorante que no entiende los motivos que habrás tenido, pero si ni aún por nosotros has aceptado... tendrás razones poderosas.

RUBÉN.-¿Me perdonas...?

MERCEDES.-¿Perdonarte...?

(Se abrazan tiernamente.)

RUBÉN.-¡Gracias, mujer mía!

MERCEDES. (A punto de llorar.)-La mujer de Antonio me dijo que os han traído religiosas para atender la cocina. ¿Os dan mejor de comer?

RUBÉN. (Aunque disimula no puede evitar un estornudo.)—Sí... mucho mejor. Arroz, buniatos asados, cebollas, naranjas... Al menos son más curiosas y ordenadas.

MERCEDES. (Alarmada.)—No te has curado y estás en los puros huesos.

RUBÉN.-En verano los resfriados son difíciles de curar.

MERCEDES.-Te duchas diariamente y te enfrías. ¡Cuídate, Rubén, que no estás en la casa!

RUBÉN.-¿Vas a llorar?

MERCEDES.-Si no lloro. ¡Es de rabia y de abandono...!

RUBÉN.-Mujer... que no me agrada verte triste.

MERCEDES.-El poema que me has enviado dentro del cacharro de la leche es precioso.

RUBÉN.-¿Te gusta?

MERCEDES.-Lo leo muchas veces cuando el niño se duerme. Así me imagino estás conmigo diciéndomelo.

RUBÉN. (Cariñoso.)—Cansado de amar... te odio.

MERCEDES. (Afectada.)--¿Lo dices en serio?

RUBÉN.-Mujer mía... si te llevo grabada en mis huesos...

VICENTE. (Interrumpiendo.)-¡Buenos días, señora! Rubén, déjanos al niño.

RUBÉN. (A MERCEDES.)—Es Vicente. Nunca pierde el humor.

MERCEDES.-¡Eso es bueno!

(Da la mano a VICENTE para saludarle.)

VICENTE. (Emocionado.)--¡Permítame que bese su mano, porque su marido es lo más bueno y lo más hombre que he conocido!

(Se la besa. MERCEDES no ha podido evitarlo.)

RUBÉN.-Vicente... que nos enfadamos. (Le da el niño. Al niño.) Este señor es amigo mío y te va a dar muchos juguetes.

VICENTE. (Muy solícito con el niño.)—Te hemos hecho un caballo de madera para que juegues y te acuerdes de nosotros. (RUBÉN y MERCEDES se acarician con ternura retirándose hacia el lateral izquierdo del espectador. VICENTE se acerca al grupo formado con PABLO, JAIME, RAMÓN y ENRIQUE.) Jaime, saca el caballo de Marianín y los demás juguetes.

JAIME. (Saluda al niño.)--¿Qué tal pequeño, cómo está la vida?

ENRIQUE.-¡Pero qué retrasado eres! ¡Si apenas sabe hablar! (Le toma en brazos. Le besa.) ¿Somos muy feos, verdad? Yo tengo dos hijos y mi niña es como tú.

VICENTE. (A Jaime.)--¿Quieres sacar los juguetes?

JAIME.--¡Voy, no te impacientes!

(Entra a la celda y saca un montón de juguetes de fabricación casera. Destaca el caballo.)

VICENTE. (Coge el caballo y lo entrega al niño.)--¿Es bonito...? Este si se moja nos e rompe como los de cartón.

(PABLO contempla al niño muy emocionado y le toma en brazos.)

PABLO.-¡Hola, caballere! ¿Me das un beso?

(Le besa.)

VICENTE. (A PABLO.)—A los niños no se les besa tanto.

JAIME.-¡Mimoserías!

VICENTE.-Es malo y se les pegan nuestros microbios.

ENRIQUE.-¡Cállate, viejo gruñón y no amargues el día!

PABLO. (Acordándose de su hijo mientras le acaricia.)—Yo... yo tenía un niño como tú, así de pequeño y luego fue a la escuela para aprender a leer y a escribir. Tú... tú no vayas nunca a la escuela. Nunca...

(Llora.)

ENRIQUE. (Cogiendo al niño.)--¿A qué viene esto, Pablo? Es un niño.

PABLO. (Abstraído)—El mío también lo era y le asesinaron... Sí...le asesinaron en aquel bombardeo.

(Se va llorando a la celda y se acurruca en un rincón.)

JAIME. (Va tras PABLO.)--¡Por favor, Pablo...!

RAMÓN. (A ENRIQUE.)—Dame el niño, que sois unos manazas y le habéis asustado.

(Le toma y le lleva con todos sus juguetes a sus padres. ENRIQUE y VICENTE entran a la celda. En el patio quedan inmóviles.)

ENRIQUE. (A PABLO.) ¡No conseguirás nada acordándote!

PABLO. (Sigue llorando.)--¡Era tan frágil... tan pequeño... y le mataron, le mataron en medio de la calle como a un perro...!

JAIME. (Abrazándole.)--¿Pero no vas a escucharme?

PABLO. (Le aparta bruscamente.)—¡Me basto yo solo para consolarme!

ENRIQUE. (A JAIME.)—Será mejor que te vayas.

(JAIME se aparta muy serio a un lateral de la celda.)

PABLO.-Yo era el que tenía que haberme muerto... ¡Pero ellos se lo cargaron...!

ENRIQUE.-¿Conoces mi caso, no?

PABLO.-Ella vive y puede arrepentirse.

ENRIQUE.-¿Con quién estará ahora? El día que todos esperamos para abrazar a nuestras mujeres y... estoy más solo que tú, porque al acordarme de ella la veo con otro, disfrutando el amor que es mío y me ha robado.

PABLO. (Vuelve a la realidad.)—Rubén habla de un tornillo. ¿Quién sabe si no tendremos ojos cuando sentimos cada uno esa opresión, esa vuelta de rosca en nuestra propia existencia, sobre el alma y no la vemos?

(Se escucha el paso de rosca del tornillo que desciende mientras se hace oscuro. Al encenderse de nuevo el escenario todos los presos forman de cinco en cinco en el patio. ANTONIO está delante de RUBÉN.)

CABO NÚÑEZ.-¡Pueden romper!

(Sale.)

ANTONIO. (Asustado.)--¿Qué te pasa, Rubén?

(RUBÉN, muy pálido, tiembla y encoge el rostro desfigurado.)

RUBÉN. (Agotado.)—Me encuentro mal, con bastantes molestias, sobre todo en la tabla del pecho.

(Se aprieta el pecho.)

ANTONIO.-Acuéstate en el petate y no salgas para nada, que voy a dar cuenta. (Grita.) ¡Ramón...!

(Sujeta a RUBÉN.)

RAMÓN.-¿Qué sucede?

ANTONIO.-¿Estás ciego? Lleva a Rubén a la celda y que se abrigue. Ponle todas las chaquetas encima y la ropa que encuentres.

(Los compañeros de la celda acuden y le rodean asustados al ver en qué estado se encuentra RUBÉN.)

RUBÉN. (Apoyado en RAMÓN.)—Pasaré como otras veces. ¡No miréis así que me ponéis peor!

(ANTONIO se acerca a un GUARDIA y desaparecen.)

RAMÓN.-Eres un cabezón por no hacernos caso.

RUBÉN. (Obsesionado.)—Es el tornillo que está harto de esperar y se ha fijado en mí, pero yo no sirvo, no le hago resistencia, estoy aniquilado. (Enfebrecido.) ¡Apartaros de él... dejadle sólo, alejaros, no os pongáis debajo... eso es lo que me hace falta... lo que necesito, no un médico...! (Delirando y levantando una mano como resistiendo el peso del tornillo que baja lentamente.) ¡Que traigan un soporte...!

RAMÓN. (Acompañándole a la celda.)—Debes tener fiebre. Échate un poco y descansa, que lo necesitas.

(Los otros se quedan a la puerta. JAIME entra, preparándole la colchoneta.)

JAIME.-¿Tienes frío...?

RUBÉN. (Delirando y sobre la colchoneta.)-Cuando muere una florecilla silvestre la creación se duele en las entrañas, pero cuando muere un poeta...

RAMÓN. (Mientras le acuesta.)--¡Tranquilízate y no hables!

RUBÉN.-Mercedes... asómate a mi alma. Si me muero...no vayas al cementerio. ¿Sabes...? Hasta de los muertos tengo celos. Es posible que no haya vivido o haya estado muerto siempre.

JAIME.-¡Procura dormir, que te pongas bueno!

RUBÉN.-Las cosas se forman con nuestros propios desvaríos. Soy una piedra que rueda y se precipita a la sombra desnuda de la nada.

(Tose casi ahogándose. Se hace oscuro. Al encenderse el escenario RUBÉN ya no está en la celda. Es el atardecer. Todos sus compañeros forman un grupo disperso en el patio. Cabizbajos comenta.)

RAMÓN. (Serio.)--¡Es inhumano lo que han hecho!

ANTONIO. (Con pena.)—Pregunta por todos.

PABLO.-¿Por mí...?

ANTONIO.-Y por Ramón. Apenas si le quedan fuerzas para hablar.

RAMÓN. (Conmovido e indignado.)--¡Debemos protestar y quejarnos!

ANTONIO. (Aburrido.)--¡Para qué! Todavía están peor en otros sitios.

RAMÓN.--¿Pero tenerlo desatendido prácticamente y no llevarle a la enfermería hasta que pasaron cuatro días...?

ANTONIO.-¡Qué importa nuestra opinión!

RAMÓN.-¿Ignoran la gravedad en que se encuentra Rubén? ¡Prefiero mil veces el desierto!

(Todos guardan silencio impotentes.)

PABLO.-¿Despecho de presidiario?

RAMÓN.-¡De presidiario o de lo que sea! Aguantamos todo y no seremos jamás personas, sino marionetas que otros mueven a su antojo.

ANTONIO.-Oye, Ramón, ¿no te excitará demasiado tu condición de político?

RAMÓN. (Justificándose.)—Busco una solución... porque luego harán lo mismo con nosotros y no me importa desviar o exagerar el hecho si después consigo tengan más humanidad con los demás presos.

PABLO.-No digas presos, suena mal.

RAMÓN.-¿Entonces cómo nos llaman, huéspedes, invitados...?

PABLO.-Tu postura no convence a nadie.

RAMÓN.-Yo no tengo posturas.

PABLO.-Hablas demasiado y siempre con rencor.

RAMÓN.-Me pondré a cantar o a chismorrear mientras se nos muere un compañero por falta de atenciones y cuidados.

ANTONIO.-He logrado cambiarme por uno de la limpieza y al menos le llevo ánimo y afecto.

PABLO.-¿Cómo se encuentra?

ANTONIO.-¡Peor! ¡Está mal!

RAMÓN.-¿Qué hacen los médicos de la cárcel?

ANTONIO.-Olvidas nuestra condición. Lo que hagan por nosotros... ¡Eso tenemos que agradecer!

RAMÓN.-¡Somos humanos y no bestias!

ANTONIO.-Se me rompe el alma cuando me acerco hasta él. ¡Es muy desagradable el espectáculo!

PABLO.-¿Qué piensa al verse de ese modo?

ANTONIO.-Cuando le vi en ese estado lo primero que le dije fue si le protegía su partido.

RAMÓN.-¿Contestó?

ANTONIO.-Casi llorando me dijo que no había venido ninguno a visitarle.

RAMÓN.-¿Lo permiten?

ANTONIO.-Se refiere a los que están aquí.

PABLO.-Supongo le animarás y no te pondrás a discutir.

ANTONIO.-Hice una pequeña sugerencia.

RAMÓN.-¿Qué habrás hecho!

ANTONIO.-Hacerle ver que está solo y equivocado.

RAMÓN.-¡Serás burro!

ANTONIO.-No se merece que a tantos como ha socorrido no vayan a verle ni se preocupen de él.

PABLO.-Te podías haber ahorrado esa consideración.

ANTONIO.-Llora en silencio con frecuencia. Lágrimas como garbanzos.

RAMÓN.-Una mentira en estas circunstancias sería provechosa.

ANTONIO.-Me dieron ganas de callar y no enterarle de nada.

RAMÓN.-¡Vamos, que te has quedado descansado!

ANTONIO.-Como está muy delicado le prometí que no le faltaría de nada estando sus paisanos aquí.

PABLO.-¿Cómo vais a conseguir alimentos?

ANTONIO.- Mi mujer y las de otros traen leche, fruta, huevos... Su familia hace lo imposible porque no pase necesidad, pero no es suficiente.

RAMÓN.-¿Entre tantos médicos que hay en prisión no habrá ninguno que le salve?

ANTONIO.-Le han visitado y... todos confirman su pronto desenlace. El mal se le ha pasado al otro pulmón.

RAMÓN.-¡Si lo hubieran atendido a su debido tiempo...!

ANTONIO.-Rubén se nos muere.

PABLO.-¿Y Mercedes?

ANTONIO.-Deshecha. Ayer les casó el Capellán.

RAMÓN. (Con ironía.)—Ya son marido y mujer canónicamente, como hacen las gentes de buenos principios. Como está medio muerto se aprovechan.

ANTONIO.-¡Sin guasa! Lo habrá hecho por agradar a su mujer.

PABLO.-¿Tú qué sabes? Rubén está en las últimas y ahora... qué puede importarle someterse a las costumbres sociales?

ANTONIO.-Le han desahuciado. Llama constantemente a su mujer y grita desesperado que le saquen de ahí. Sólo tiene huesos y ojos. Ojos grandes y abiertos que se fijan en mí o en los demás, como si pidiera algo, como si en ese extraño lenguaje de una expresión de pánico y miedo acusaran, exigieran amparo, protección, ayuda, porque nadie le socorre.

RAMÓN. (Decidido.)—Con lamentaciones parecemos mujeres. ¡Actuemos!

PABLO.-¿Qué pretendes con tus arrebatos?

RAMÓN.-Sublevarnos si es preciso y denunciar esta falta de humanidad que nada tiene que ver con nuestras ideas.

ANTONIO.-¡Estás loco! ¿Quieres nos maten a palizas si manifestamos descontento o que nos fusilen?

RAMÓN.-Presumen de que han hecho un país civilizado. A otro poeta le mataron por la espalda en su propia tierra. ¡Que respeten lo que dicen!

PABLO.-Estamos comprometidos.

RAMÓN.-¿A quién?

ANTONIO.-A nuestra Patria, a nuestras familias y a lo que es principal: Salir adelante.

PABLO.-De civilizados es la neutralidad.

RAMÓN.-¿Neutralidad...? Las necesidades más elementales del ser humano las echan por la borda.

PABLO.-Lo dices por odio.

ANTONIO.-Están recientes las heridas. A cada uno le preocupa su historia.

RAMÓN.-Obligan a pagar impuestos hasta con la vida. ¡Que a unos permitan ciertas licencias y a desgraciados impongan su voluntad...! Además yo no soy religioso.

ANTONIO.-Se nota. ¿A qué viene esto?

RAMÓN.-Por lo tanto, no creo en los mártires.

PABLO.-¿Qué mártires?

RAMÓN.-En los que inventan.

(ENRIQUE, JAIME y VICENTE se unen al grupo muy preocupados.)

ENRIQUE. (A RAMÓN.)--¿Discutes...?

RAMÓN.-¡Me desahogo!

ANTONIO.-Si se enteran los que mandan de todo lo que has dicho... te hacen picadillo

RAMÓN. (Desafiante.)--¡Sería lo mejor!

VICENTE.-¿Tan desesperado estás?

RAMÓN.-Los que podrían sentir mi pérdida... cuando tuvieron ocasión de hacer algo por mí se negaron, hasta desmintieron conocerme. Mi padre... ni siquiera murió como los demás, ni le hicieron juicio... le dieron el paseo y así pagó su cuenta. Mis hermanos tienen obligaciones con su familia. Los amigos... ¿A quién le importo?

VICENTE.-¿Es que nosotros...?

RAMÓN.-Aun estando juntos... ¡Nos distancian tantas cosas!

ENRIQUE.-Nos contagiamos y no es buena la tristeza para elevar el ánimo.

JAIME.-¿Acaso la sonrisa purifica más que una lágrima...?

ENRIQUE.-¿Purificarnos más...?

JAIME.-¿Qué importan los sentimientos si no podemos manifestarlos?

VICENTE.-Y en la calle... ¿irías publicando a todo el mundo lo que sientes? Te volverían a encerrar y tomarían por loco, por indeseable, hasta por inmoral.

ENRIQUE.-¿Por qué no cambiamos de tema?

PABLO.-¿Sabéis que Rubén se muere?

ENRIQUE. (Serio.)—Lo sé.

PABLO.-¿Y te apetece...?

ENRIQUE.-Atormentándonos ¿qué conseguiremos?

RAMÓN. (Excitado.)--¿Lo veis? Enrique piensa como yo. ¿A que lo estás pensando, Enrique?

ENRIQUE. (Sorprendido.)--¿Qué estoy pensando?

RAMÓN.-Fugarnos. (Pausa.) Primero elevaremos nuestras quejas a la dirección y exigiremos traten a los enfermos como seres dignos.

ANTONIO.-¡Deliras! ¿Harían caso a un grupo de presidiarios?

RAMÓN.-Denunciemos a los enfermeros...

ANTONIO. (Cortándole.)—Se enteran y cuando alguno de nosotros caigamos en sus manos nos descuartizan.

RAMÓN. (Indignado.)--¡Cagueta! Le hacen sufrir sin miramiento, tú mismo lo has visto.

ANTONIO.-Lo que desean es que muera pronto y quitarse obligaciones. A quién no le duelo.. atender esta clase de males...

JAIME.-¿Es cierto que al curarle y cambiar los esparadrapos le arrancan trozos de carne?

RAMÓN.-Como tenemos el nombre de esos miserables, vamos al director... armamos gresca...

ANTONIO.-¡No iremos a ningún sitio! Nos aguantaremos si estimamos el tipo.

RAMÓN.-¡Cobarde...! Después nos fugamos.

ANTONIO. (Agresivo.)--¡Qué valiente! Sal de aquí y repíteles todo eso que antes nos decías tan envalentonado, pero sin olvidarte de nada para que sepan no tienes miedo ni sientes opresión, que estás por encima de todas las leyes y no te preocupa el paredón. Todavía fusilan en las cárceles a los imbéciles como tú, que piensan su martirio les convertirá en héroes y la sangre servirá de abono para que las doctrinas se extiendan y reproduzcan. ¡Mentira! ¡Nadie se fía de las doctrinas de un condenado y tampoco les preocupan ni les inquietan nuestras desgracias! Hazles reír, que revienten de satisfacción a costa de tus penas... ¡Cuánta farsa, cuánta mentira! Estamos destinados al anquilamiento, a sucumbir bajo ese tornillo maldito.. a quedar aplastados...

(Señala al tornillo. Todos miran con temor hacia arriba. Se hace oscuro. Al iluminarse el escenario aparecen RAMÓN, ANTONIO, PABLO, VICENTE, ENRIQUE y JAIME en la celda recogiendo las cosas personales de RUBÉN, poniéndolas en su pobre maleta.)

VICENTE. (Muy triste.)--¡Todo ha concluido! ¡Lo están amortajando!

JAIME.-¡Pobre Rubén!

VICENTE.-¡Ahora sí que ha vencido!

ENRIQUE. (Con rabia.)--¿Vencer...? ¿Llamas victoria a la fatalidad?

(Pausa.)

VICENTE.-¿Qué hacemos con todo esto?

PABLO.-Entregárselo a su mujer

RAMÓN.-¿De qué le servirán?

ANTONIO.-Sus hermanos han venido al entierro.

RAMÓN.-¿Con sus padres?

ANTONIO.-No. Solos.

ENRIQUE.(Extrañado.)--¿Ni aún habiéndose muerto le perdonan?

ANTONIO.-Su padre es terco. Le molestaba que Rubén se hubiera hecho del partido.  
¡No estaba conforme!

RAMÓN. (Salta indignado.)--¿Porqué ha sido fiel a su deber?

ENRIQUE.-Es peligroso decir siempre la verdad.

PABLO.-La suya.

ENRIQUE.-O la de todos.

RAMÓN.-¡Vaya padres!

ANTONIO.-Rubén jamás les reprochó nada.

RAMÓN.-Pero morir tan dolorosamente y no dignarse ni estar con él en los últimos momentos...

ANTONIO.-¿Te importa?

RAMÓN.-Me importa que un padre deje a un lado sus convicciones y sobre todo sea padre.

ANTONIO.-Cuando salga iré a verle y le diré cuatro cosas bien dichas.

ENRIQUE.-¿Y si Rubén hubiera sido un oportunista a fin de beneficiar su obra literaria?

RAMÓN.-¡Absurdo! ¿Cuántos poetas han sido encarcelados, muertos y hasta del partido y no tienen la fuerza ni el mensaje que Rubén?

VICENTE.-Era tan generoso...

RAMÓN.-Ha muerto aislado, como un despojo, podrido, sabiendo hasta el último momento que no tenía solución y que nadie hacía nada por remediarle.

ENRIQUE. (Decidido.)—Ramón, ¿piensas hacerlo?

RAMÓN.-Sí.

ENRIQUE.-Iré contigo.

PABLO. (Demente.)--¿Qué vais a hacer...? ¡No salgáis.. no crucéis la calle! ¡Os matarán a todos...! ¡A mi niño también si cruza la calle...! Pero yo le avisaré y le diré que se detenga... que no avance... porque esperan impasibles verle deshecho para reírse y vengar con sangre de otros muertos... (Con cierta alegría.) A Rubén no le queda sangre. Su sangre está viciada, corrompida en el desengaño y la decepción... se le ha salido en cada esputo, en cada aliento de su agónica mueca y no podrán mofarse... no... su sangre no sirve, su sangre les repugna, les echa en cara toda la ferocidad con que los seres mezquinos se justifican. Están ahí... aguardando para que vayamos cayendo uno tras otro... (Casi llorando.) Y ríen... ríen por cada víctima, por cada tumba que se cava en los cementerios, por todo lo que puede equilibrar viejos rencores aun segando la vida de los niños.

JAIME. (Le coge fuerte por el brazo.)--¡Pablo, n te excites! ¡No cruzaremos!

PABLO.-Hay más hombres que odian. ¿Cómo podremos vencerlos?

RAMÓN.-¡Despreciándoles hasta que se aburran de esperar!

ENRIQUE.-Ha muerto un gran hombre.

RAMÓN.-Te equivocas. Vive. Vivirá siempre.

VICENTE. (A todos, con miedo.)—Se me ocurre... Si alguno de vosotros sabe rezar... ¿por qué no lo hace por Rubén, aunque parezca una tontería?

RAMÓN.-¿Tienes miedo?

VICENTE.-¿A mi edad...? Pues sí. Miedo a estar equivocado. Rubén creía en Dios.

PABLO.(Abstraído y demente.)--¡Todos caeremos antes o después! Escucho el paso de rosca cómo se acelera y se precipita sobre nosotros... Ninguno volveremos a ser libres... No soporto este ruido... (Se coge los oídos.) ¡Mis oídos...! (Gritando.) ¡Basta...!

(Levanta brazos y manos para retener al tornillo que lentamente va descendiendo.)  
¡No...! (Al público.) ¡Ayúdenme...! ¡Aquí.. sujetad la tuerca, atravesad palancas...!  
(Suplicante. ¿Pero qué hacen sentados, inmóviles, contemplando nuestro aniquilamiento, nuestra impotencia sin inmutarse? ¿Es que no quieren ayudarnos...? Por favor, necesitamos sus brazos, sus manos. Entre todos podremos sujetar el tornillo. Por lo que más quieran... ¡Ayúdenos! ¿No tienen sentimientos?... Les suplico, luego será tarde, demasiado tarde y sucumbiremos todos... no habrá remedio, se quedarán mudos y nadie les hará caso, siendo víctimas de su miedo y cobardía. ¡Por favor, no consientan siga bajando el tornillo...! ¡Por favor... por favor...!

(Las rejas de la puerta principal del patio se han abierto para entrar el féretro de RUBÉN. Vuelven a cerrarlas. MERCEDES y un grupo de familiares y amigos aguardan tras las mismas. Todo el personal de la cárcel desfila ante el féretro. Los últimos que lo hacen son los seis compañeros. Tocan una marcha fúnebre. Vuelven a abrir las rejas, sacando el féretro. Todos los presos quedan de espaldas al público mirando cómo se aleja el féretro de RUBÉN y su pobre acompañamiento. Los guardias de cara al público empuñan sus armas apuntándole. El tornillo ha descendido casi a la altura de los presos, que en posturas desfallecidas entonan los compases solemnes de un himno de esperanza mientras se va haciendo oscuro y lentamente baja el

T E L O N

Fin de “EL TORNILLO”

En el XXX aniversario de la muerte de  
MIGUEL HERNÁNDEZ